

# Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXII

San José, Costa Rica 1931 Sábado 9 de Mayo

Núm. 17

Año XII. No. 537

## SUMARIO

Mirabeau o El Político .....	José Ortega y Gasset	Eisenstein en México .....	Agustín Aragón Leiva
Dos lágrimas de Gissing y un pasaje de Lecky .....	Persiles	Bibliografía titular .....	
El testimonio de nuestro Luis Vives .....	Juan del Camino	Guatemala y las Leyendas de Miguel Angel Asturias .....	J. M. González Mendoza
Las quiebras comerciales rompen el record .....		Leyenda de la Tatuana .....	Miguel Angel Asturias
Muscle Shoals .....		De Los Trofeos .....	José María Heredia
Un gran pensador, un maestro .....	Max Grillo	Sobre unas traducciones de Heredia .....	Ismael Enrique Arciniegas

### I

Yo había leído este librito de Herbert Van Leisen, titulado *Mirabeau y la revolución real*, con prólogo de Jacques Bainville, esperando alguna nueva claridad sobre el magnífico provenzal (1). Siempre he creído ver en Mirabeau una cima del tipo humano más opuesto al que yo pertenezco, y pocas cosas nos convienen más que informarnos sobre nuestro contrario. Es la única manera de complementarnos un poco. Nada capaz para la política, presumo en Mirabeau algo muy próximo al arquetipo del político. Arquetipo, no ideal. No debíamos confundir lo uno con lo otro. Tal vez el grande y morbosó desvarío que Europa está ahora pagando proviene de haberse obstinado en no distinguir los arquetipos y los ideales. Los ideales son las cosas según estimamos que debieran ser. Los arquetipos son las cosas según su ineluctable realidad. Si nos habituásemos a buscar de cada cosa su arquetipo, la estructura esencial que la Naturaleza, por lo visto, ha querido darles, evitaríamos formarnos de esa misma cosa un ideal absurdo que contradice sus condiciones más elementales. Así, suele pensarse que el político ideal sería un hombre que, además de ser un gran estadista, fuese una buena persona. Pero ¿es que esto es posible? Los ideales son las cosas recreadas por nuestro deseo—son *desiderata*—. Pero ¿qué derecho tenemos a considerar lo imposible, a considerar como ideal el cuadrado redondo?

Hace mucho tiempo he postulado una higiene de los ideales, una lógica del deseo. Tal vez lo que más diferencia la mente infantil del espíritu maduro es que aquélla no reconoce la jurisdicción de la realidad y suplanta las cosas por sus imágenes deseadas. Siente lo real como una materia blanda y mágica, dócil a las combinaciones de nuestra ambición. La madurez comienza cuando descubrimos que el mundo es sólido, que el margen de holgura concedido a la intervención de nuestro deseo es muy escaso y que más allá de él se levanta una materia resistente, de constitución rígida e inexorable. Entonces empieza uno a desdeñar los ideales del puro deseo y a estimar los arquetipos, es decir,

## Mirabeau o El Político

=Del folleto *Triptico*.—I. Mirabeau o El Político. Revista de Occidente. Madrid. 1927.=



Mirabeau

a considerar como ideal la realidad misma, en lo que tiene de profunda y esencial. Estos nuevos ideales se extraen de la Naturaleza y no de nuestra cabeza: son mucho más ricos de contenido que los píos deseos y tienen mucha más gracia. En definitiva: el "idealismo" vive de falta de imaginación. Todo el que sea capaz de imaginarse con exactitud realizando su abstracto ideal sufre una desilusión, porque ve entonces cuán sórdido y mísero era si se compara con la fabulosa cuantía de cosas deseables que la realidad, sin nuestra colaboración, ha inventado. Sería admirable que, para confusión de los "idealistas", aun de los mayores, de Platón o de Kant, un irónico tau-

maturgo dejase por unas horas reducido el Universo a lo que éste sería según su esquemático programa.

El "ideal" al uso es menos, y no más, que la realidad. Así, el atributo de buena persona que imponemos al político ideal es muy fácil de imaginar y definir; en cambio, todo lo demás que constituye al gran político no podríamos jamás extraerlo de nuestra minerva, sino que necesitamos humildemente esperar a que la Naturaleza tenga a bien inventarlo ella, magníficamente, y se resuelva a parir un titán como Mirabeau. Una vez que está ahí, por obra y gracia de las potencias cósmicas, nosotros, ingratos y petulantes, nos apresuramos a censurar su engendro, porque no tiene las virtudes de un honrado y corriente burgués. La Humanidad es como la mujer que se casa con un artista porque es artista y luego se queja porque no se comporta como un jefe de negociado.

El librito del señor Van Leisen está muy lejos de aclararnos punto alguno de importancia sobre Mirabeau. Pertenece a una clase de emanaciones impresas que cada día son más frecuentes, por mala ventura, en las letras de Francia. Son obras maniáticas, de angosto horizonte, que ni siquiera aspiran a la agudeza intelectual. Así, el señor Van Leisen, discípulo de Maurras, se propone, con el beneplácito de Bainville, no más que demostrar la identidad radical entre la política de Mirabeau y la de Luis XVI y Luis XV. Este es el propósito; pero claro es que no hay ni la apariencia del logro.

La política de Mirabeau no tiene oscuridad alguna. Como los hechos de todo un siglo se encargaron de comprobar, fué la obra más clara que se intentó en la Revolución Francesa. Si algo en el mundo tiene derecho a causar sorpresa y maravilla, es que este hombre, ajeno a las Cancillerías y a la Administración, ocupado en un tráfigo perpetuo de amores turbulentos, de pleitos, de canalladas, que rueda de prisión en prisión, de deuda en deuda, de fuga en fuga, súbitamente, con ocasión de los Estados generales, se convierta en un hombre público, improvise, cabe decir que en pocas horas, toda una política nueva, que va a ser la política del siglo XIX (la Monarquía constitucional); y esto, no vagamen-

(1) Herbert Van Leissen: *Mirabeau et la politique royale* Garsset, 1926.



te y como un germen, sino íntegramente y en su detalle: crea no sólo los principios, sino los gestos, la terminología, el estilo y la emoción del liberalismo democrático según el rito del Continente. En un instante, Mirabeau ve en todo su futuro desarrollo la nueva política, y ve más allá aún: ve sus límites, sus vicios, sus degeneraciones y hasta los medios de desacreditarla, que han sido, en efecto, los que siglo y medio más tarde la han traído al desprestigio. Quien quiera convencerse de que este hecho portentoso ha acaecido y no es unafantasia ni un inexacto encarecimiento, lea cualquier libro sobre Mirabeau (1)—menos el del señor Van Leisen, que, a decir verdad, no pretende tampoco estudiar su fisonomía histórica.

Pero el pensamiento político es sólo una dimensión de la política. La otra es la actuación. Sin preverlo él mismo, Mirabeau encuentra en sí, mágicamente presto, el formidable instrumento para la nueva forma de vida pública: la oratoria romántica, la magnífica musa vociferante de los Parlamentos continentales, que sopla, como el espíritu divino sobre las aguas, sobre el alma líquida de las muchedumbres, haciendo tormentas e imponiendo calmas. El efecto de su primer discurso fué electrificante. Un testigo de la sesión—el reflexivo Dumont—nos lo dice: "En el tumultuoso preludio de las Comunas no se había oído aún nada comparable en fuerza y dignidad: fué como una delicia nueva, porque la elocuencia es el encanto de los hombres reunidos". Su estatura enorme, su cabeza de gigante y la cabellera ampulosa, que la aumentaba, le daban un aire de león.

Se dirá que todo eso—oratoria y pelambre y leonismo—es retórica. Ya es bastante que fuera retórica. Pero demos que sólo sea eso. No es retórica, en cambio, su valor personal y de la especie propia al político, que es el valor ante los encrespamientos multitudinarios. Si entera la Asamblea Nacional se levanta contra él, Mirabeau no se inmuta, no pierde un quilate de serenidad; al contrario: su mente se aguza, penetra mejor la situación, la hace transparente, la disocia en sus elementos y pasa gentil al otro lado, llevando a la rastra, domesticada, aquella misma Asamblea unos minutos antes tan arisca y tan fier.a (A esto llamaba él *determiner le troupeau*.) Del león, pues, tendría la retórica y la melena; pero también el coraje, la serenidad y la garra. (Este león decía en un discurso al chacal Robespierre: "Joven: la exaltación de los principios no es lo sublime de los principios".)

Más clarividente que los historiadores de un siglo después, no se dejó engañar por las quejas del hambre y carestía, tópico de la época que aquéllos han tomado en serio, enalteciendo ambas plagas hasta el rango de causas de la revolución. Francia estaba mejor que nunca, y, por lo mismo, necesitaba un Estado más ancho. Mirabeau lo percibe con toda evidencia y quisiera convencer de ello al Rey mediante el ministro Montmorin. Por eso escribe a éste: "Francia no se ha sentido nunca más fuerte ni más saludable, intrínsecamente hablando; jamás ha estado tan cerca de desarrollar toda su estatura. El único mal que hay es el muy pasajero inconveniente de una Administración poco sistemática y el miedo ridículo de recurrir a la nación para constituir la nación".

Mirabeau no se apea de esto. Había inexorablemente llegado el tiempo de constituir la nación por medio de la nación misma, y todo lo demás eran zarandajas. Los expedientes y arbitrios que se proponían a Luis XVI en forma de despotismos ilustrados o sin ilustrar, tiranías, dictaduras, le parecían puras superfluidades; peor: le parecían caminos funestos. Con la visión profética que abunda en sus locuciones, dijo a los palaciegos: "Así se conduce un Rey al patíbulo".

No se comprende que mente tan sagaz confiase

en que el Rey habría de reconocer la situación. La clave está acaso en que Mirabeau, de espíritu liberal y democrático, era de alma y de raza un noble. Ahora bien: el noble, por muy inteligente que sea, por muy libre de prejuicios que se imagine, suele padecer un fatal misticismo palatino.

Sin embargo, en aquel estadio histórico no había más que una posibilidad seria: la Monarquía constitucional. Mirabeau fué el único que vió esto sin vacilaciones. Los demás, o eran demasiado monárquicos, o demasiado constitucionales. Descartados aquéllos por la violencia popular fueron éstos—los archirrevolucionarios, los radicales—quienes hicieron fracasar la revolución. Pues no debe olvidarse que la Revolución Francesa—uno de los trozos más animados de la Historia universal—fué un completo fracaso. Los principios por ella defendidos tardaron casi un siglo en lograr una aproximada y tranquila instauración. Fracaso porque en la Asamblea Nacional no había más que un político auténtico que, además, desapareció en 1791. Mirabeau sentía sumo desdén por aquellos colegas definidores, geómetras del Estado, que tenían la cabeza llena de fórmulas luminosas, tan luminosas, que los ofuscaban en el trato con las cosas. De ellos decía: "Yo no he adoptado jamás ni su novela, ni su metafísica, ni sus crímenes inútiles".

Dotado de una capacidad de trabajo fabulosa, Mirabeau era un organizador nato. Donde llegaba ponía orden, síntoma supremo del gran político. Ponía orden en el buen sentido de la palabra, que excluye como ingredientes normales policía y bayonetas. Orden no es una presión que desde fuera se ejerce sobre la sociedad, sino un equilibrio que se suscita en su interior.

Como siempre es delicioso contemplar la perfección, conmueve leer la historia de estos primeros tiempos revolucionarios, de esta primera etapa en la vida de la Asamblea, porque se ve a un hombre que posee el genio de su oficio henchir sobradamente el perfil de éste, moverse elástico y triunfante, rebosar toda circunstancia. La Asamblea se veía forzada a tomar medidas que la defendieran del poder sugestivo que sobre ella misma ejercía este único varón. Su muerte fué declarada desdicha nacional, y su enorme cadáver inauguró el Panteón de Grandes Hombres.

Pero he aquí que después fueron descubiertas las pruebas de su venalidad. Mirabeau, que era cuanto acabo de decir, era además un hombre inverecundo. En seguida el pedante que siempre está a punto, a la sazón Joseph Chenier, pidió la palabra en la Asamblea y propuso que los restos de Mirabeau fuesen extraídos del Panteón "Considerando que no hay grande hombre sin virtud". ¡La gran frase!

Ella nos plantea la cuestión. Porque la historia de Mirabeau recuerda gravemente la de César y, en varia medida, la de casi todos los grandes políticos. Con rara coincidencia, el gran político ha repetido siempre el mismo tipo de hombre, hasta en los detalles de su fisiología.

## II

"Considerando que no hay grande hombre sin virtud", dijo Joseph Chenier para denigrar la memoria de Mirabeau. Se comprende que todo el mundo le hiciera caso, porque había dicho una frase, y durante mucho tiempo, el europeo ha necesitado para vivir respirar frases como balones de oxígeno (1).

Yo propongo ahora al lector que cargue un rato su atención sobre esa frase y procure analizar con cautela su sentido. Chenier se refiere especialmente al grande hombre político; de suerte que al oír o leer la primera parte del juicio por él formulado, si queremos llenar de significación las palabras *grande hombre*, nuestra mente

se orienta hacia realidades como César o Mirabeau. Avanzan entonces hacia nosotros, como heroicos fantasmas, las ciclópeas calidades de estos hombres o sus congéneres. Vemos su inagotable energía, la tensión constante de su esfuerzo, la fertilidad y monumentalidad de sus proyectos, la rapidez, la eficacia con que los ejecutan, la previsión genial de los acontecimientos, la entereza y serenidad con que acogen los peligros, el garbo triunfal de su actitud en todas las circunstancias. Si en algún momento, por descuido trivial, se nos ocurre calificar sus acciones de egoístas, nos corregimos al punto avengonzados, porque caemos en la cuenta de que en estos hombres el *ego* está ocupado casi totalmente por obras impersonales, mejor dicho, transpersonales. ¿Tiene sentido decir de César que era egoísta, que vivía para sí mismo? Pero ¿en qué consistía el *si mismo*, el *yo* de César? En un afán indomable de crear cosas, de organizar la Historia. Por eso toma sobre sí, con la misma naturalidad, los grandes honores y las grandes angustias. Y es inaceptable que el hombre mediocre, incapaz de buscar voluntariamente y soportar estas últimas, discuta al grande hombre el derecho al grande honor y al gran placer.

Nuestro tiempo no hubiera nunca inventado estas dos palabras: magnanimidad y pusilánimidad. Más bien lo que ha hecho es olvidarlas, ciego para la distinción fundamental que designan. Desde hace siglo y medio todo se confabula para ocultarnos el hecho de que las almas tienen diferente formato, que hay almas grandes y almas chicas, donde grande y chico no significan nuestra valoración de esas almas, sino la diferencia real de dos estructuras psicológicas distintas, de dos modos antagónicos de funcionar la psique. El magnánimo y el pusilánime pertenecen a especies diversas; vivir es para uno y otro una operación de sentido divergente y, en consecuencia, elevan dentro de sí dos perspectivas morales contradictorias. Cuando Nietzsche distingue entre *moral de los señores* y *moral de los esclavos*, da una fórmula antipática, estrecha y, a la postre, falsa de algo que es una realidad innegable.

La perspectiva moral del pusilánime, certera cuando trata de juzgar a sus congéneres, es injusta cuando se aplica a los magnánimos. Y es injusta sencillamente porque es falsa, porque parte de datos erróneos, porque al pusilánime le suele faltar la intuición inmediata de lo que pasa dentro del alma grande. Así en la cuestión que ahora tangenteamos. El magnánimo es un hombre que tiene misión creadora: vivir y ser es para él hacer grandes cosas, producir obras de gran calibre. El pusilánime, en cambio, carece de misión: vivir es para él simplemente existir él, conservarse, andar entre las cosas que están ya ahí, hechas por otros—sean sistemas intelectuales, estilos artísticos, instituciones, normas tradicionales, situaciones de poder público—. Sus actos no emanan de una necesidad creadora, originaria, inspirada e ineludible—ineludible como el parto.—El pusilánime, por sí, no tiene nada que hacer: carece de proyectos y de afán riguroso de ejecución. De suerte que, no habiendo en su interior *destino*, forzosidad congénita de crear, de derramarse en obras, sólo actúa movido por intereses subjetivos—el placer y el dolor—. Busca el placer y evita el dolor. Este modo de funcionar vitalmente que en sí encuentra, le lleva a suponer, por ejemplo, que si un pintor se afana en su oficio es movido por el deseo de ser famoso, rico, etc. ¡Como si entre el deseo de fama, riqueza, delicias, y la posibilidad de pintar este o aquel gran cuadro, de inventar un estilo determinado, existiese la menor conexión! El pusilánime debía advertir que el primer pintor famoso no se pudo proponer ser un pintor famoso, sino exclusivamente pintar, por pura necesidad de crear belleza plástica. Sólo a *posteriori* de su vida y obra se formó en la mente de los otros, especialmente de los pusilánimes, la idea o ideal de ser *famoso pintor*. Y entonces, sólo entonces, atraídos en efecto por las ventajas egoístas de ese papel—

(1) No conozco ningún buen libro sobre Mirabeau. Sospecho que no existe. Pero basta para confirmar lo que digo la biografía de León Barthou en la colección de Hachette *Figures du passé*, 1913, que resume y completa las de Lomenie y Stern.

(1) La cuestión de las «frases» es más delicada e importante de lo que a primera vista parece. Quede ahora sin tocar; pero remito al lector al ensayo *Fraseología y sinceridad*, publicado en el tomo V de *El Espectador*, 1927.



ser famoso pintor—, empezaron a pintar los pusilánimes, es decir, los malos pintores.

¿No es cómico que se califique a César de ambicioso? ¡Hay que ver! ¡César pretendía nada menos que ser un César, y Napoleón tuvo la avilantez de aspirar durante toda su vida al puesto ilustre de Napoleón! Este gracioso contrasentido resulta siempre que se considere la vida del grande hombre, u hombre de obras, bajo la perspectiva moral y según los datos psicológicos del hombre menor, sin destino de creación.

Pero la verdad es muy diferente: la previsión de placeres y honores tuvo sobre el alma de César tan poca influencia como, viceversa, la evitación de dolores. Así como el deseo de eludir sufrimientos no le apartó de su obra, tampoco le movió a ella la esperanza de delicias. Esto es lo que no comprenderá nunca bien el pusilánime: que para ciertos hombre la delicia suprema es el esfuerzo frenético de crear cosas—para el pintor, pintar; para el escritor, escribir; para el político, organizar el Estado.

La oposición entre egoísmo y altruismo pierde sentido referida al grande hombre, porque su "yo" está lleno hasta los bordes con "lo otro": su *ego* es un *alter*—la obra—. Preocuparse de sí mismo es preocuparse del Universo.

La "frase" de Chenier, en su segunda parte, habla de virtudes. Pero éstas no son esas cualidades que hemos descubierto en César o Mirabeau—no son las virtudes o virtualidades del grande hombre. Son, por el contrario, las maneras normales de comportarse los pequeños hombres, las almas chicas—. Chenier exige a Mirabeau que sea Mirabeau y además que sea el señor Duval, uno de los varios millones de señores Duval que componían la mediocridad de Francia o de cualquier otro pueblo en cualquiera otra época. Porque, en efecto, estos millones de hombres son virtuosos: no estafan, no mienten, no estupran. Todo su valer se reduce a *no hacer* ninguna de esas cosas, en efecto, inmorales.

Conste, pues, que no me ocurre disputar el título de virtudes a la honradez, a la veracidad, a la templanza sexual. Son, sin duda, virtudes; pero pequeñas: son las virtudes de la pusilanimidad. Frente a ellas encuentro las virtudes creadoras, de grandes dimensiones, las virtudes magnánimas. Chenier no quiere reconocer el valor sustantivo de éstas cuando faltan aquéllas, y esto es lo que me parece una inmoral parcialidad en favor de lo pequeño. Pues no es sólo inmoral preferir el mal al bien, sino igualmente preferir un bien inferior a un bien superior. Hay perversión donde quiera que haya subversión de lo que vale menos contra lo que vale más. Y es, sin disputa, más fácil y obvio no mentir que ser César o Mirabeau. Ni fuera exagerado afirmar que la inmoralidad máxima es esa preferencia invertida en que se exalta lo mediocre sobre lo óptimo, porque la adopción del mal suele decidirse sin pretensiones de moralidad, y, en cambio, aquella subversión se encarece casi siempre en nombre de una moral, falsa, claro está, y repugnante.

En vez de censurar al grande hombre porque le faltan las virtudes menores y padece menudos vicios, en vez de decir que "no hay grande hombre sin virtud", en vez de coincidir con su ayuda de cámara, fuera oportuno meditar sobre el hecho, casi universal, de que "no hay grande hombre con virtud"; se entiende con pequeña virtud. Esto es lo que, en una u otra proporción, pero con escandalosa insistencia, nos muestra la Historia. Y en lugar de evadirnos por la dimensión vana de una "frase", debemos hincar ahí el bisturí del análisis. El pensamiento no nos ha sido dado para eludir los problemas, los agudos problemas bicornes, sino al contrario: para citarlos a cuerpo limpio y mancomarlos.

Es posible que el régimen de magnanimidad—sobre todo en el hombre público—incapacite para el servicio a las virtudes menores y arrastre consigo automáticamente la propensión para ciertos vicios. Esto es lo que puede verse con alguna claridad en el caso de Mirabeau.

Es preciso ir educando a España para la óptica de la magnanimidad, ya que es un pueblo ahogado por el exceso de virtudes pusilánimes. Cada día adquiere mayor predominio la moral canija de las almas mediocres, que es excelente cuando está compensada por los fieros y rudos aletazos de las almas mayores; pero que es mortal cuando pretende dirigir una raza y, apostada en todos los lugares estratégicos, se dedica a aplastar todo germen de superioridad.

Veamos, veamos un poco más de cerca a Mirabeau, por lo mismo que es de nuestro problema un caso extremo: el más inmoral de los grandes hombres.

III

Veamos, veamos qué fué, como máquina psicofísica, como aparato vital este Mirabeau. Con tal fin voy a enumerar lacónicamente los hechos principales de su vida, subrayando, sobre todo, los que han motivado la fama de inmoral.

Nace en Provenza en 1749. Por ambas alas familiares, numerosos dementes. Sobre todo, los Mirabeau venían siendo, de muchas generaciones atrás, unos frenéticos. Los Mirabeau podrían denominarse los Karamazof gascones. El padre de nuestro héroe, hablando de su familia, la llamará "tempestiva raza". En 1767, el marqués de Mirabeau—economista, publicista, "amigo de los hombres", absurdo, inquieto—envía su hijo, el pequeño gigante Gabriel, a un regimiento. Gabriel reúne diez y ocho años. Apenas llega,

tiene una formidable cuestión con el coronel. Su padre pide una orden de prisión, y este diabólico arcángel Gabriel entra por vez primera en la cárcel. Poco después es libertado. Retorna a casa. Es un vendaval de actividad. Estudia la tierra de Mirabeau, dibuja planos contra las inundaciones; trabaja, toma notas sobre el estado de los cultivos entre los campesinos, que le adoran. Sus padre le llama *Monsieur le Comte de Bourrasque*. Su padre le destesta y él a su padre. Marqués y marquesa riñen y se separan. Comienza entre ellos un pleito de intereses. Incitado por su padre, Gabriel ataca a su madre violentamente.

El viejo economista quiere organizar en sus tierras y confinantes una oficina de *prudomía* para que los campesinos diriman entre sí sus querellas. Gabriel logra esta organización, que parecía imposible. Va, viene, insinúa, aplaca, armoniza, convence. Entretanto, pobre, hace deudas.

Se casa en 1772. Crecen las deudas. Descubre un desliz de su mujer. La perdona. Apreta por los acreedores, tiene que entrar nuevamente en prisión. Sale de ella el 8 de junio de 1774. El 21 de agosto insultan a su hermana y él se bate para ampararla, con lo cual el 20 de septiembre vuelve a la cárcel, en el castillo de If, donde son enviadas órdenes de extremado rigor en el tratamiento. Su mujer no le quiere acompañar, y Mirabeau, desde el castillo, riñe con su mujer. Conquista la benevolencia del gobernador, *monsieur d'Allegre*, y se hace dueño

# ¡NO ARRUINE SU VIDA DE CASADO!

Es un crimen casarse cuando se sabe que no se está capacitado físicamente. Esa niña pura está cegada por el amor que Ud. le inspira y no ve sus deficiencias. Ella le cree un príncipe entre los hombres: ideal de masculinidad vigorosa. Ella se lo imagina como ejemplar esposo y padre de sus hijos. Y Ud. sabe que no está preparado — no se atreve a casarse en su actual condición física. El futuro se le presenta tenebroso, triste. Pero — ¡Ánimese! — yo le brindo mi mano de amigo. Yo quiero ayudarle. **YO PUEDO AYUDARLE.**



**LIONEL STRONGFORT**  
el hombre perfecto.

## Strongfortismo.

El **STRONGFORTISMO** ha sacado a millares de hombres débiles doloridos, incapacitados y desanimados del abismo de la desesperación y los ha colocado en el recto camino de la salud, la felicidad y la prosperidad. El **STRONGFORTISMO** ha ayudado a la Naturaleza a vencer males como Catarro, Estreñimiento, Indigestión, Nerviosidad, Impurezas de la Sangre, Mala Memoria, Pérdidas Vitales y los resultados de los abusos y el abandono del cuerpo. El **STRONGFORTISMO** ha restanado a millares de hombres el vigor y los ánimos que creyeron perdidos para siempre y les ha dado nueva fe en sí mismo, nueva vitalidad; les ha inspirado ambición, y los ha capacitado para las responsabilidades del matrimonio. Puedo hacer lo mismo por Ud. Déjeme probarlo.

### Pida mi libro gratis.

Es una ¡Revelación!

La experiencia y las investigaciones de toda mi vida están incorporados en mi libro "**PROMOCION Y CONSERVACION DE LA SALUD, FUERZA Y ENERGIA MENTAL**", que le dirá francamente cómo puede Ud. convertirse en un vigoroso ejemplar de masculinidad, y cómo puede Ud. prepararse para ser un padre y un esposo que honre a su mujer y a sus hijos. Es absolutamente gratis. Pida un ejemplar hoy mismo. Escríbame, diciéndome con franqueza los males que le aquejan.

## INSTITUTO STRONGFORT

Lionel Strongfort. Director - Especialista en Salud y Cultura Física  
Berlin-Wilmersdorf (Alemania).

..... **CONSULTA GRATIS Y CONFIDENCIAL** .....  
(Póngase el franqueo suficiente para cartas al Extranjero) **1044**

Instituto Strongfort, Berlin-Wilmersdorf (Alemania).

Sírvase enviarme completamente gratis el libro "Promoción y Conservación de la Salud, Fuerza y Energía Mental", en idioma español. He marcado con una X las materias en que estoy interesado.

<ul style="list-style-type: none"> <li>— Catarro</li> <li>— Asma</li> <li>— Dolores de cabeza</li> <li>— Hernia</li> <li>— Delgadez</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>— Vicios Secretos</li> <li>— Barros</li> <li>— Obesidad</li> <li>— Vista débil</li> <li>— Reumatismo</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>— Impotencia Sexual</li> <li>— Nerviosidad</li> <li>— Estreñimiento</li> <li>— Respiración corta</li> <li>— Pulmones débiles</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>— Desórdenes del estómago</li> <li>— Mayor altura</li> <li>— Desarrollo muscular</li> </ul>
--	--	--	--

Nombre (escriba con claridad) .....

Edad..... Calle ó Casilla Postal .....

Ciudad..... País.....



de la situación. También se hace dueño de la única mujer que hay en el castillo: la mujer del cantinero.

Es trasladado al castillo de Foux, bajo órdenes no menos severas. No se le permiten libros ni nada. Conquista al gobernador, M. de Maurin, y probablemente a su mujer. Consigue libros. Lee frenéticamente, toma notas, compone memorias; por ejemplo: sobre las *Salinas del Franco-Condado*, que es el problema más inmediato al sitio donde se encuentra. Monsieur de Maurin corteja a una dama: Sofía de Monnier. La invita a comer, juntamente con su detenido. Sofía se enamora del detenido. Mirabeau entra y sale a su antojo. Publica en Neuchatel el *Ensayo sobre el despotismo*—un libro farragoso—. Para publicarlo contrae nueva deuda con el librero. El gobernador, ofendido como rival y comprometido por la publicidad que la deuda da a las salidas de Mirabeau, escribe a éste que se reintegre a la prisión. Mirabeau lejos de recluirse, contesta insultando al gobernador. Pasa la frontera suiza y se detiene en Verrieres. ¿Qué hacer con Sofía? Sofía está locamente enamorada de él. Lo dejará todo por su amante. Usa una de las primeras divisas románticas: "Gabriel o morir". ¿Qué hacer con Sofía, sin medios económicos ningunos, este hombre que iba formando sobre sus hombros un universo de deudas? Su hermana y su sobrina—de veintitrés años—van a su encuentro. De paso, Mirabeau no dejará de seducir a su sobrina. Mirabeau dirá de sí mismo que es un "atleta en amor". ¿Qué hacer con Sofía, a quien, efectivamente, ama? Comprende que raptarla es una locura capaz de hacer ya insoluble su apurada situación. No obstante, llama a Sofía. Es aceptar el compromiso de volver a empezar la vida. La familia de Sofía cae sobre él: nuevos procesos. Se le acusará de haber raptado a Sofía para apropiarse sus dineros. Y, en efecto, Sofía quisiera llevar algún dinero. Esto es un hecho que sus cartas prueban.

Perfectamente. Pero es un hecho también que ambos amantes huyen sin un ochavo y recalán en Amsterdam. Mirabeau se pone a traducir para ganar algo. Ha aprendido él solo inglés y cuatro o cinco idiomas más. Trabaja fieramente desde las seis de la mañana. Entretanto, le persigue el Poder público, su padre, la familia de su amante. Lleva sobre sí un enjambre de procesos. Pero él, mientras atiende a éstos y traduce y ama, cultiva la música y escribe un ensayo estético sobre este arte melifluo, un ensayo que está muy bien de fondo y mejor de título: *El lector pondrá el título*. Este es el título. Parece de hoy.

Como antes había atacado a su madre escribirá ahora una memoria contra su padre, que no cesa de perseguirle. La consecuencia de todo ello es una demanda de extradición. Se envía contra él para darle caza un feroz policía: Bruquiéres, que, en efecto, detiene a la pareja, para hacerse a poco su más fiel y leal servidor. Mirabeau ha conquistado al policía.

Mas, por lo pronto, tiene que ingresar en el castillo de Vincennes, una de las altas prisiones de Francia. Mirabeau asciende en su categoría de perpetuo encarcelado. Cada vez su prisión es más prisión, de más rango, de más cadenas.

Esta vez la reclusión va a durar de 1777 a 1780. Tres años "en un calabozo de diez pies de ancho". ¿Qué hará allí esta magnífica fiera? Sin duda, hozar con su alma de gran felino. Por lo pronto, se las arreglará para escribir a Sofía carta sobre carta. Este epistolario se publicó después con enorme escándalo. Porque en el calabozo de diez pies, contraída la sensualidad gigantesca de su temperamento, se escapará por la dimensión literaria. En las cartas a Sofía vierte materias de toda índole: ensayos oratorios y líricos, consideraciones morales, efusiones sinceras, pornografía y hasta trozos de libros y revistas que da como suyos. Empieza una carta: "Escucha, amiga mía, voy a verter en el tuyo mi corazón", y lo que vierte, en rea-

lidad, es un artículo ajeno del *Mercurio de Francia* (1). Me interesa mucho subrayar este dato.

En este tiempo compone una memoria, mansamente dirigida a su padre, defendiéndose. Además, compone cuentos, diálogos, tragedias; traduce a Tácito, Tibulo, Bocaccio; escribe para Sofía un estudio sobre la inoculación y una gramática; estudia el islamismo y el Korán; comienza una historia de los Países Bajos. Además, escribe libros pornográficos. ¿Nada más? No; todavía más. Entre los prisioneros está un señor Baudoin de Guémadeuc, que tiene una amante, la señorita Julia, a quien Mirabeau no ha visto ni verá jamás. No obstante, entabla con ella una larga correspondencia, llena de gracia, de amenidad y de mentiras. Se presenta como persona de grande influencia en la Corte. La señorita Julia no tenía importancia alguna. ¿A qué, pues, esta farsa y el esfuerzo que supone? Subraye también este hecho el curioso lector.

Entre los libros compuestos en Vincennes, hay uno cuya publicación tuvo enorme resonancia: sus estudios *Des lettres de cachets et des prisons d'Etat*. Prisionero Mirabeau, quiere organizar seriamente las prisiones en general y reformar las instituciones. La política de la Asamblea está anticipada en este ensayo. Entretanto, feroces cólicos nefríticos.

"Desnudo como un gusano" sale Mirabeau del calabozo en 1780. Está en los treinta años. ¿Por qué no descansar un poco? ¿Descansar? Le esperan a la puerta, como prevenidos lobos, los dos procesos más raves. Uno, provocado por el marido de Sofía Monnier; otro, por sus suegros. En las actuaciones, que fueron públicas, se agolpaba la muchedumbre. Es aventado a los cuatro puntos cardinales todo su pretérito. No hay que decir el escándalo producido en toda Francia por esta vida turbulenta, a que la Justicia—siempre un poco pedante, siempre un poco pedante—se encarga de dar notoriedad oficial. Mirabeau ha conseguido la fama a fuerza de insensateces; una fama negativa, lastrada de pecados capitales. Es una ascensión a la inversa. Sí; pero llega, en el proceso, el momento en que se concede la palabra al acusado. Y da la casualidad de que el acusado es Mirabeau. Y da la casualidad de que el acusado tiene una pequeña sustancia mágica que nombramos con un vocablo tonto, pueril, propio para la terminología de los cuentos de niños: tienen... genio. Y hace un discurso judicial, una cosa que nunca había hecho. Y ese discurso es una creación perfecta,

(1) Así dice Barthou en su biografía, página 66.

y jueces, testigos y público oyen lo que no habían oído nunca: la palabra, nada, un poco de aire estremecido que, desde la madrugada confusa del Génesis, tiene poder de creación. De modo que, en un instante, aquellas circunstancias desastrosas son trasmutadas en un triunfo. La ascensión negativa cambia de signo, se hace positiva, y la fama adversa, con todo su lastre de fango, se convierte en gloria. Estamos en 1783.

La gloria, pero no el dinero. La gloria, como sus fenómenos hermanos—el orto y la puesta del sol—, tiene el hábito del oro, pero no su materia: tiene el amarillo y la refulgencia. Mirabeau comienza por tercera o cuarta vez su vida, glorioso e impecune. En 1784 empeña, en el Monte de Piedad, "su" traje bordado de plata, con su casaca y pantalón y sus casaca de paño con plata semiluto y encajes de invierno. Poco después contrae, juntamente con su madre, un préstamo usurario de 30.000 libras: otra insensatez. Y comienza de pronto una vida opulenta, con gran tren, carrozas, comidas y ningún orden económico. (Recuérdese César, recuérdese Wágner). De una vez para siempre nació sensual, y necesitaba las delicias, como el pulmón necesita el aire. Pero fíjese el lector. Este hombro ha pasado tres años en un calabozo de diez pies, sin delicia alguna. ¿Qué ha hecho su pulmón? ¿Ahogarse? Hemos visto la fabulosa actividad desarrollada durante ese encarcelamiento. ¿En qué quedamos, pues? La contradicción es sólo aparente. Un alma fuerte es fuerte en sus apetitos; necesita mucho muchas cosas; pero, a la vez, es fuerte para renunciar, para no necesitar cuando el caso forzoso llega.

Entra en su vida madama de Nehra, una holandesa de diez y siete años, dulce y buena, que pondrá un poco de sentido común y de orden en la vida frenética de este hombre. Comienzan los años de viaje: Inglaterra, Alemania. Mirabeau estudia el Continente. Se informa de la política y de la economía, de sus problemas inminentes, de sus posibilidades. Escribe sobre estas materias, sobre todo se ocupa de asuntos, financieros por ejemplo: sobre el Banco de España, llamado de San Carlos. La resonancia de estas publicaciones es tan grande, que en un momento llegó a influir en la balanza de la Bolsa continental. El Banco de San Carlos quiso comprar su pluma. Pero Mirabeau, que seguía siendo pobre, rehusó. Porque sus campañas desarrollaban una idea política y Mirabeau no estaba dispuesto a combatir su propia idea. Este hecho nos va a dar la clave de lo que se ha llamado su venalidad. Ya vere-

## JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSÉ, COSTA RICA

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

### Cajas Registradoras "National"

The National Cash Register Co.

### Máquinas de Contabilidad "Burroughs"

Burroughs Adding Machine Co.

### Máquinas de Escribir "Royal"

Royal Typewriter Co., Inc.

### Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

### Implementos de Goma

United States Rubber Co.

### Maquinaria en General

James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH  
Socio Gerente

RAMÓN RAMÍREZ A.  
Socio Gerente



mos la graciosa paradoja en que se resuelve esta gran acusación, y que se puede anticipar y resumir diciendo: el venal Mirabeau es uno de los hombres que se han vendido menos, si se advierte que es uno de los hombres que más se ha querido comprar. El pusilánime, al hacer su cuenta al grande hombre, olvida siempre el otro factor, que es el esencial: su grandehombria.

En 1787 vuelve a Francia. La nación está encinta de grandes acontecimientos. Hay un desasosiego universal en la sociedad. Todos, los de arriba y los de abajo, presienten que es preciso hacer algo; pero nadie sabe qué. Mirabeau

ve al punto, con ideductible seguridad, que su vida va a confundirse con la vida de Francia. Todo aquel privado frenesí de veinte años, toda aquella acumulación de saberes, de noticias, de proyectos, aquella energía, aquella capacidad de trabajo, aquella fruición en el conflicto, aquella voz de trompeta de postrimería, aquella fluencia verbal, va a insertarse en un punto de la historia.

Mirabeau reclama la reunión de los Estados generales para 1789. Su voz, de fuerza cósmica, de diabólico arcángel, anuncia el juicio final del Antiguo Régimen. Tiene cuarenta años. Es un gigante obeso, con el rostro picado de viruelas.

José Ortega y Gasset

(Seguirá en el próximo cuaderno)

## Persiflage

### Dos lágrimas de Gissing y un pasaje de Lecky

= Colaboración directa =

Para don Ramón del Valle-Inclán,—grande de la España republicana,—a la luz de cuya *Lámpara maravillosa* y al son de cuyas *Sonatas* se ha educado místicamente mi lujuria.

Le leí al viejillo Gissing lo que había escrito para el Congreso Nacional de la Infancia. Nos pusimos a discutirlo. No recuerdo, paso a paso, el curso de nuestra conversación. La determinación que he tomado de no casarme nunca, expresada por mí esta vez con fogosidad quizás demasiado ardiente, hizo sonreír a mi amigo una sonrisa que era como puerta entreabierta de su corazón. La pregunta que me hizo me abrió su corazón en pampa.

Cuando un corazón se os abre de par en par, dominad el impulso; no os apresuréis a entrar; quitaos toda aspereza; descalzaos como hace el mahometano a la puerta de su templo; y cuando os hayáis suavizado por completo, id despacio. Homero, para demostrar la ternura de Hécate, dijo que no pisaba sobre piedras, porque son duras, sino sobre las cabezas de los hombres; y tomando pie en esa cita, uno de los oradores más inspirados, en el *Banquete* de Platón, dice la ternura sin par del Amor, que se demuestra en que pisa sólo corazones. Olvidadizo, descuidado, egoísta, entré al corazón de Gissing con violencia, lastimándolo todo. El primer amor de Gissing fue muchacha de la calle. Él era estudiantillo en internado, acomodado a medias. Ya he contado cómo, para rescatarla de tan penosa vida, tomó a su cargo mantenerla. La pequeña *allowance* de que podía disponer resultó insuficiente. Gissing, poseído por entero por la generosidad, movido por el amor, que mueve el sol y a los otros luceros, sabedor, no obstante, de que el egoísmo humano ha elevado por sobre los derechos del corazón y aún por encima de los del alma, los derechos de la propiedad, a escondidas puso a contribución a todos sus compañeros para el nobilísimo fin que se había propuesto. Descubierta, fue expulsado del colegio, fue llevado a la cárcel. Como era por ella, lo sobrellevó todo con júbilo. Así irían a la arena del circo romano los mártires. No debí haber olvidado estas circunstancias.

Y hablé, al entrarme en el corazón de Gissing, con esa sorna cruel, acompañada de risilla, con que hablamos, los hombres, de las hijas del pesar a quienes torpemente los franceses llaman *filles de joie*. Los ojos claros de Gissing se enturbiaron y una lágrima como una estrella se prendió en sus pestañas. Comprendí el daño que había hecho. Los hombres sensibles llevan siempre su primer amor enterrado vivo en el alma. ¡Qué penoso ese instante! Dos lágrimas rodaron por las rosadas mejillas del viejillo. Yo quería echarme de rodillas y pedirle perdón; pero hubiera sido agravarlo todo. Bendigo al ángel que me inspiró recordándome aquella canción del mejicano Urbina,—el poeta famoso por el madrigal exquisito del beso aprisionado,—que no recuerdo ya qué cantante de zarzuela trajo a Costa Rica, la canción trisísima que tiene este estribillo:

¡Pobrecitas putitas  
qué lástima me dan!  
Van a casas de citas  
para ganarse el pan . . . .

Gissing me oyó con deleite, con deleite espiritual. Le puso máscara a su pena. Tomando de sobre su escritorio la *Historia de la moralidad europea* de W. E. H. Lecky, me leyó un pasaje bellissimo de ese hermoso libro, que me conmovió hondamente.

No sé cómo pudiera comunicarnos la profunda emoción que me embargaba. Si sois, como yo, solterón que le teméis al matrimonio y habéis inquebrantablemente decidido no casaros nunca; y si a la vez sois animal sano, de sexualidad normal, esto es, abundante e irrefrenable, quizás alguna vez habréis tenido trato con muchachas de casas infamantes de quienes habréis pensado lo buenas esposas que hubieran sido, y entonces el desprecio que por todo su género habéis sentido antes os ha remordido en la conciencia. Esa experiencia no es demasiada rara. ¿Pero quién, como yo, hablando

despreciativamente de esas infelices, habrá lastimado el corazón de un amigo?

A regazo alquilado volveré; besaré labios que han besado centenares de hombres embrutecidos de lujuria (embrutecidos quizás no; quizás nunca tan humanos como entonces!); pero me prometo ser dulce, ser bueno, ser contrito. Me prometo que la concupiscencia no me cegará tanto que olvide mi culpa de hombre. Me prometo que humildemente besaré los pies de la muchacha sacrificada y le diré: *Yo no soy digno de los besos de tu boca*, y al poseerla será a manera de sacramento.

Salomón de la Selva nos debiera traducir a Lecky. A Lecky no lo ha traducido nadie al castellano, que yo sepa. El libro que he mencionado y su *Historia de la Revolución francesa* son obras que a todo espíritu generoso llenarán de admiración y darán el júbilo intelectual que brinda toda cosa bella. Me adelanto a la labor de Salomón traduciendo (¡él lo hará mejor!) el pasaje que me leyó el viejillo Gissing. Va así:

“Fue doctrina favorita de los Padres de la Iglesia que la concupiscencia, o sea la pasión sensual, había sido *el pecado original* de la naturaleza humana; y hay que convenir en que el progreso del saber humano, por opuesto que generalmente sea a la teoría ascética de la vida, concurre con el punto de vista teológico al demostrar que la potencia natural de este apetito es muchísimo mayor de lo que requiere el bienestar del hombre. Las obras de Malthus han probado lo que los moralistas griegos parecen haber comprendido en grado considerable, que el ejercicio normal y atemperado de este apetito en la forma de matrimonio produciría, si fuese universal, la mayor de las calamidades mundiales, y que, aún cuando la naturaleza inste a la raza de manera inequívoca a consumir matrimonios en época temprana de la vida, la primera condición de una civilización adelantada en países populosos es restringir o disminuir esos matrimonios. En ninguna sociedad de elevada civilización es regla general el matrimonio en la época del primer desarrollo de las pasiones, y la tendencia continúa, a medida que aumentan los conocimientos, es hacer más rara esa práctica. También es una verdad indudable que, por más que los moralistas insistan en poner en vigor la pureza extramatrimonial, nunca se ha cumplido ni siquiera aproximadamente con esta obligación; y en todas las religiones, se presenta el espectáculo de una vasta cantidad de indulgencias irregulares, lo que probablemente ha contribuido más que cualquiera otra causa única a la miseria y a la degradación del hombre.

“Hay dos fines que el moralista, al tratar esta cuestión, tendrá presentes de manera especial: el deber natural de todo hombre de hacer algo para el mantenimiento del niño al que le ha dado existencia, y la conservación del círculo doméstico en



estado impoluto e inatacable. La familia es el centro y el arquetipo del Estado, y la felicidad y la bondad de la sociedad dependen siempre, en alto grado, de la pureza de la vida doméstica. La naturaleza esencialmente exclusiva del afecto marital y el deseo natural de todo hombre de estar seguro de la paternidad del niño que él mantiene, hacen de la indulgencia irregular de las pasiones, dentro del círculo doméstico, una causa de extremado sufrimiento. Pero pareciera que la fuerza excesiva de estas pasiones hicieran estas indulgencias frecuentes a la vez que inevitables.

"Bajo estas circunstancias ha surgido en la sociedad una figura que es ciertamente la más triste, y en algunos respectos la más aterradora, que puede contemplar el moralista. Ese ser desgraciado, cuyo solo nombre da vergüenza decir; que finge con frialdad del corazón los transportes del cariño, y se entrega a ser instrumento pasivo de la lujuria; a quien se la desprecia y se la insulta como a lo más bajo de su

sexo, y que está destinada a ser víctima, las más de las veces, de enfermedades horribles, de miseria la más espantosa, y de temprana muerte, aparece en todas las épocas como símbolo perpetuo de la desgracia y de la pecaminosidad del hombre. Siendo en sí el tipo supremo del vicio, es sin embargo, en último término, el guardián más eficaz de la virtud. Excepto por su ministerio, la pureza indiscutida de incontables hogares felices se cubriría de manchas, y no son pocas las virtuosas que en el orgullo de su castidad que no ha sufrido tentación piensan de ella con trémula indignación, que habrían conocido la agonía del remordimiento y de la desesperación a no ser por ella. En esa solitaria figura degradada e innoble se concentran las pasiones que hubieran llenado al mundo de dolor y de vergüenza. Ella perdura, mientras que credos y civilizaciones se levantan y caen, sacerdotisa eterna de la humanidad, sacrificada por los pecados de los pueblos".

*Persiles*

Heredia, mayo, 1991.

## Estampas

### El testimonio de nuestro Luis Vives Mas que el bien propio, el bien común

= Envío del autor =

Para quienes decae con el anochecer de cada día la aspiración de lucha incesante por las cosas de la patria, está el testimonio de los grandes que fija un concepto cabal del sentido de la lucha. Luis Vives, por ejemplo, nos recuerda en el tratado *Del Socorro de los Pobres* que no "puede subsistir por mucho tiempo aquella república en donde cada uno cuida solamente de sus cosas y de las de sus amigos, y ninguno de las comunes". No es posible aguardar en un país que sean muchedumbres de seres las que vigilen. La vigilancia supone conciencia de la responsabilidad, es decir, aptitud de la mente y del espíritu para sorprender la unidad de que está formado el destino de un pueblo. La atención de ese destino, de las cosas comunes que dice Vives, debe esperarse siempre de los pocos. Su tarea la realizan con sacrificio y no pueden sufrir decaimiento, porque en igual medida mengua la grandeza de ese pueblo.

La obra grande de la educación de un país sería sustituir la visión individual por la de totalidad. Con ello obtendríamos el tipo de hombre que echan de menos todos los que luchan en un anhelo de servicio a la patria. Es decir, el tipo de ciudadano que abraza con apego todos los problemas que surgen en su nación. Sólo así desaparece la indiferencia y se hace menos desigual la batalla contra los intereses unidos para reducir a la subordinación miserable a un pueblo. Como pasan los hechos, en nuestro país al menos, las probabilidades

de la derrota funesta están del lado de los que amparan los principios esenciales sobre que se asienta la vida libre y grande de Costa Rica. Aquí el cuidado de las cosas propias consume íntegras las preocupaciones de cada cual. Vivimos en zonas y solamente nos inquietamos cuando hasta ellas llega alguna perturbación. Mientras podemos ir y venir sin encontrar piedras a la entrada de cada camino, la paz más imperturbable nos mantiene en buen funcionamiento los órganos de la digestión y de la respiración. No nos interesa otro mundo que el de nuestras limitaciones. Ni dolores ni quebrantos por lo que no es en nuestro daño.

Y nunca contamos en nuestro daño el suceso que hiera intereses de todas las generaciones. Queremos vivir de lo transitorio, darle apenas, al negocio común, aquella defensa que lo libre de convertirse en azote nuestro. No nos importa que se pudra para lo futuro. Si las concesiones

que hoy hacemos de tierras, de aguas, de rutas aéreas nos traen un bienestar, jubilosos dejamos que el politiquillo o el abogadillo haga su oscuro negocio sirviendo de testaferro o de amparador de los que las piden. Y hasta nos volvemos enfurecidos contra los que osen enfrentarse a la entrega despiadada del país en forma torpe y malvada. Carecemos de visión justa. Cualquier espejismo nos atolondra y nos vuelve partidarios de las atrocidades mayores cometidas en daño de la salud de la patria.

No será posible que sigamos sumidos en ese mundo peligroso, porque se cumplirá el precepto del filósofo de la no subsistencia de la república. Es menester que nuestra educación imprima en la conciencia de cada uno un gran amor por las cosas comunes. Y cosas comunes son en nuestra vida actual el suelo, las aguas, el espacio, la electricidad, los caminos, las instituciones de la nación. No nos contentemos con derivar de cada una de esas cosas apenas aquella porción de bienestar que nos mantenga en pie. Mirándolas simplemente como cosas de nuestra época, las dejaremos convertirse en dominio privado. Mas si la vemos como patrimonio de todas las generaciones, si encontramos en ellas el sustento de la patria digna y decorosa, entonces pondremos cuidado en que no se pudran para que puedan florecer en bienes comunes. Pero en la obra precisa poner sacrificio. Toda aspiración grande desata la atracción del abismo. Por eso debemos comprender que la defensa de esos bienes comunes no se hará sin un gran coraje. En cuanto las fuerzas de mal, que lo son los hombres que quieren esclavizar para satisfacer instintos, se dan cuenta de que se las pretende constreñir a límites infranqueables, revuelven todos sus poderes y conturban el ánimo del hombre.

En esta gran cosa común que es la electricidad nacionalizada vemos el satanismo en que se mueven los hombres animados del deseo de esclavizar. Se organizaron esos hombres para esclavizar pueblos y por consiguiente pusieron en sus cálculos el uso de toda suerte de medios para lograrlo. Salieron de su nación a dar una batalla general en el continente. No vinieron vendados los ojos ni influido el espíritu de propósitos tímidos. Una gran fiereza acompaña el paso de combate. Pueblo que vacila y quiere oponer la menor defensa, es pueblo convencido al instante de que nada lo podrá salvar del eslabón que se ha fundido para él.

Costa Rica es uno de los poquísimos pueblos que se adelantó a la marcha de ese vasallaje. Opuso sus leyes visionarias y enfiló sus varones grandes a darles regencia justa e incorruptible. Pero no es poder minúsculo el que está bufando la ira que le produce la limitación de un pueblo insignificante. Precisamente por ser de proporciones incalculables es que resiste con tanta tenacidad y acude sin vacilar a todos los medios que tiene a su alcance

#### DR. HERDOCIA

Enfermedades de los ojos,  
oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:

10 a 12 de la mañana  
y de 2 a 5 de la tarde

Contiguo al Teatro Variedades



y al alcance de sus secuaces. La electricidad que esté en condiciones de generar Costa Rica tiene en ese poder extranjero un posible amo. En conseguir la propiedad y el dominio está empeñada la *Electric Bond and Share Co.*, y su lucha es desesperada.

Observemos cómo, por habernos impuesto leyes de defensa de la electricidad, un bien común, estamos librando una batalla desigual. Es la atracción abismal que se abre al pie de toda gran aspiración de los hombres. Pero si contamos con este hecho de importancia enorme, si cuentan con él al menos quienes en estos momentos se vuelven Hércules y cargan con el peso de ese mundo, la batalla no se perderá. La *Electric Bond and Share* cuenta con grandes recursos que han ido reduciendo a su servicio vidas criollas. Sin embargo, nada podrán hacer si todos los que quedamos libres de esa contaminación, nos damos cuenta de que la electricidad es una cosa común, que no pertenece a nuestra generación, ni a la que sigue, ni a la otra, sino a todas las generaciones. Si nos damos cuenta de que no podemos enajenarla, de que debe ser de propiedad de la nación, administrada y controlada por la nación, entonces no podrá el poder que ha venido a dominarla, implantar un vasallaje.

Mas, no seamos indiferentes, convirtámonos en el tipo de hombre que necesitan las grandes faenas humanas. Convirtamos hombres para esas faenas inspirándoles un gran amor por las cosas comunes. Meditemos en el precepto de Vives y apartemos esta república de los peligros que amenazan volverla insubsistente. Es urgente cuidar la vida libre y decorosa de la república. Y no hay decoro ni libertad posibles si vivimos en la indiferencia, si nos reclusimos en la zona que nuestras conveniencias y nuestras cobardías nos limitan cada día más. Es preciso romper todas las zonas de vida estrecha y mezquina. No nos contentemos con no encontrar piedras a la entrada de nuestros propios caminos. Rompamos limitaciones. Anchemos el panorama diario y busquemos el cuidado de intereses de todos. Alarguemos la vida a tiempos distantes en un futuro que no será nuestro y en esa forma no comprometeremos bienes que son para nuestra libertad y para la libertad de nuestros hijos y de sus proles. Sólo siendo espíritus anhelantes, sólo dispuestos a no podrir ninguno de los sustentos de la patria, podemos alejar peligros, acabar con poderes desatados en el rumbo de la esclavitud.

Confiemos en la capacidad de sacrificio de aquellos que se empeñan por cuidarnos las cosas comunes. Pero desenvolvamos a la vez nuestra propia capacidad de sacrificio y mostremos multitudes de vidas propicias a las grandes faenas humanas. Si los que dan su devoción a esas faenas vuelven la mirada a estas vidas y sienten como si fuera un campo cuajado de semillas, lucharán con mayor confianza, será menor la pesadumbre que les causan las armas

lanzadas desde el lado enemigo. Pero no demos el aspecto y la sensación de páramo. ¿Por qué si las fuerzas esclavizantes llevan amargura, no llevamos nosotros frescor, aliento? Interesémonos realmente

por las cosas comunes. Acabemos con esta indiferencia maldita. Pensemos en la afirmación de la sabiduría del filósofo y cuidemos lo que es de todos, lo que nos ha de dar el bienestar o la ruina común.

Juan del Camino

Cartago y mayo de 1931.

## Las quiebras comerciales rompen el record

= Editorial de *The World Tomorrow* de Nueva York, abril de 1931 =

Por lo que toca a quiebras comerciales, el año de 1930 fue el peor que desde hace setenta y cinco años han vivido los Estados Unidos. La reputada casa recopiladora de estadísticas, de R. G. Dun and Company, de Nueva York, informa que el año pasado hubo 26,355 casos de insolvencia mercantil en los Estados Unidos, con un total de deudas igual a 668.283.842 dólares. Además, hubo 934 quiebras de bancos con un total de obligaciones sin pagar igual a 908.157.788 dólares. El promedio de quiebras diarias, tanto de casas comerciales como de bancarias, fue de 75 durante todo el año.

La inseguridad es uno de las plagas más devastadoras del capitalismo. Hay actualmente, en los Estados Unidos, de cinco a siete millones de trabajadores que no encuentran en qué ni dónde trabajar. En millares de hogares la cercanía de la vejez es causa de una angustia semejante a pesadilla, ya que muchas industrias rechazan

los servicios de los hombres y de las mujeres mayores de 45 años de edad. Riesgos cada vez mayores confrontan a los negociantes que no cuentan con grandes capitales. Excepto 447 casos, todas las 26.355 bancarrotas comerciales de 1930 acontecieron a casas con capital menor de 100.000 dólares. Similarmente, hubo menos de 20 quiebras de grandes bancos. La consolidación de almacenes de comercio, de bancos, de compañías industriales, etc., continúa su marcha arrolladora e inmisericorde. Sólo en las altas cumbres de las cordilleras industriales parece haber seguridad.

De repente, los trabajadores, los campesinos, los pequeños comerciantes e industriales, así como los hombres de preparación técnica—todos los que hacen rodar las ruedas de la industria y del comercio,—se darán cuenta de que el capitalismo es un sistema nada satisfactorio.

(Traducción y envío de Félix Llorente)

## Muscle Shoals

= Editorial de *The World Tomorrow* de Nueva York, abril de 1931. =

El proyecto de ley referente a Muscle Shoals que después de diez años de lucha parlamentaria fue aprobado por el Congreso de los Estados Unidos, ha sido vetado por el Presidente Hoover. Ese proyecto prometía la oportunidad de utilizar constructivamente una valiosa propiedad nacional. La acción del Presidente revela claramente su posición de conservador frente al punto del dominio gubernativo de las fuentes de fuerza hidráulica. Este punto será cada vez más el que centralmente divide en lucha a las fuerzas progresistas y conservadoras de la vida pública norteamericana.

Si la sociedad ha de mantener su dominio sobre las riquezas naturales y evitar que sirvan sólo para que particulares las exploten, es natural que se inicie ya una política que tienda a ello en los casos en que esas riquezas no hayan sido enajenadas todavía. Problema bastante grande de por sí es el de ver cómo se recobra el dominio pública de riquezas como las del carbón y de las maderas. Pero la cuestión más urgente e inmediata es evitar que el dominio de las fuentes de fuerza hidráulica caiga en manos del capital privado.

Una vez que el capital privado ha adquirido derechos constituidos sobre lo que es del tesoro público, la maquinaria toda de la ley se mueve para perpetuar semejantes privilegios especiales. El Presidente ha lanzado otra vez su reto en

contra de cuantos desesperadamente se esfuerzan por atajar que vayan a parar a dominio de particulares las riquezas públicas. El alegato que hace de que al Estado no le corresponde competir con sus propios nacionales, es el mismo argumento que los reaccionarios emplearon en contra de la institución del sistema de encomiendas postales y del departamento de ahorros de los Correos Nacionales.

Los argumentos que como ingeniero aduce en contra del plan de operación por el Gobierno de la Planta de Fuerza Hidráulica de Muscle Shoals, se reducen al dogma de que el Estado jamás es eficiente en la conducta de ningún negocio. Hay buena razón para temer que las burocracias sean administradoras ineficaces, pero la tan ensalzada eficacia de las empresas particulares—cuyos derroches competitivos y cuya extravagancia en métodos de venta son bien sabidos,—no es un hecho indiscutible sino una ilusión de la que no quiere deshacerse nuestro mundo comercial.

Hoover no es más que el portavoz de un mundo moribundo, y el hecho de que exprese sus dogmas e ilusiones con frases biensonantes de ingeniero práctico, tiene valor sólo como demostración de que el viejo orden de cosas todavía puede llegar a racionalizaciones de sus prejuicios en términos de respetabilidad científica suficiente para darles prestancia que en sí ya no tienen hoy día. (Traducción y envío de Félix Llorente)



## Un gran pensador, un maestro

= De *El Tiempo*, Bogotá. =

Si Santiago Pérez hubiera sido un poeta prematuro cuando surgió en una velada de colegiales entre las aclamaciones de sus maestros y de sus discípulos, la forma de sus versos habría presentado, según lo que nos enseña la historia literaria en nuestro país y en otros, desde el primer momento la perfección propia de los ingenios que anticipan sus frutos, maduros por un proceso subconsciente, que suele ser principio de una esterilidad próxima.

La forma de sus versos fue en sus comienzos tan imperfecta, aun entre el desorden establecido por el romanticismo, que no puede calificarse entre los poetas prematuros. Al componer versos en su adolescencia que despertaron entusiasmo entre los jóvenes de su generación, obedeció a un simple sentimiento de revolucionario. El verso le sirvió para expresar en malas rimas los primeros vagidos de sus convicciones políticas. Su romanticismo fue en él apenas un prurito juvenil, del cual había de curarse radicalmente. Estaba predestinado a ser el más sereno, el más hondo y el más artista de nuestros grandes periodistas. Se ha observado que los escritores de mayor relieve empiezan por ejercitar sus facultades en el manejo de las rimas. Así, quien empezó componiendo versos medianos, acabó siendo prosista de acendradísimo gusto, dechado de compostura, ironista delicioso y maestro de humanidades. Poeta romántico, cual ninguno desordenado, vino a ser, merced a las más severas disciplinas literarias y científicas, modelo insuperable entre nuestros escritores. Al leer ahora algunos de sus artículos y discursos, que desgraciadamente no han sido coleccionados en volumen para honra de las letras patrias y regocijo de propios y de extraños, sentimos, quienes entre sus compatriotas manejamos a diario la pluma, (a lo menos esto es lo que a mí me sucede) tardío desaliento. Es tan eximia la perfección de su prosa, que no alcanzando mis fuerzas a hacer dignamente su elogio, vacilo al componer estas líneas y tartamudea mi pluma.

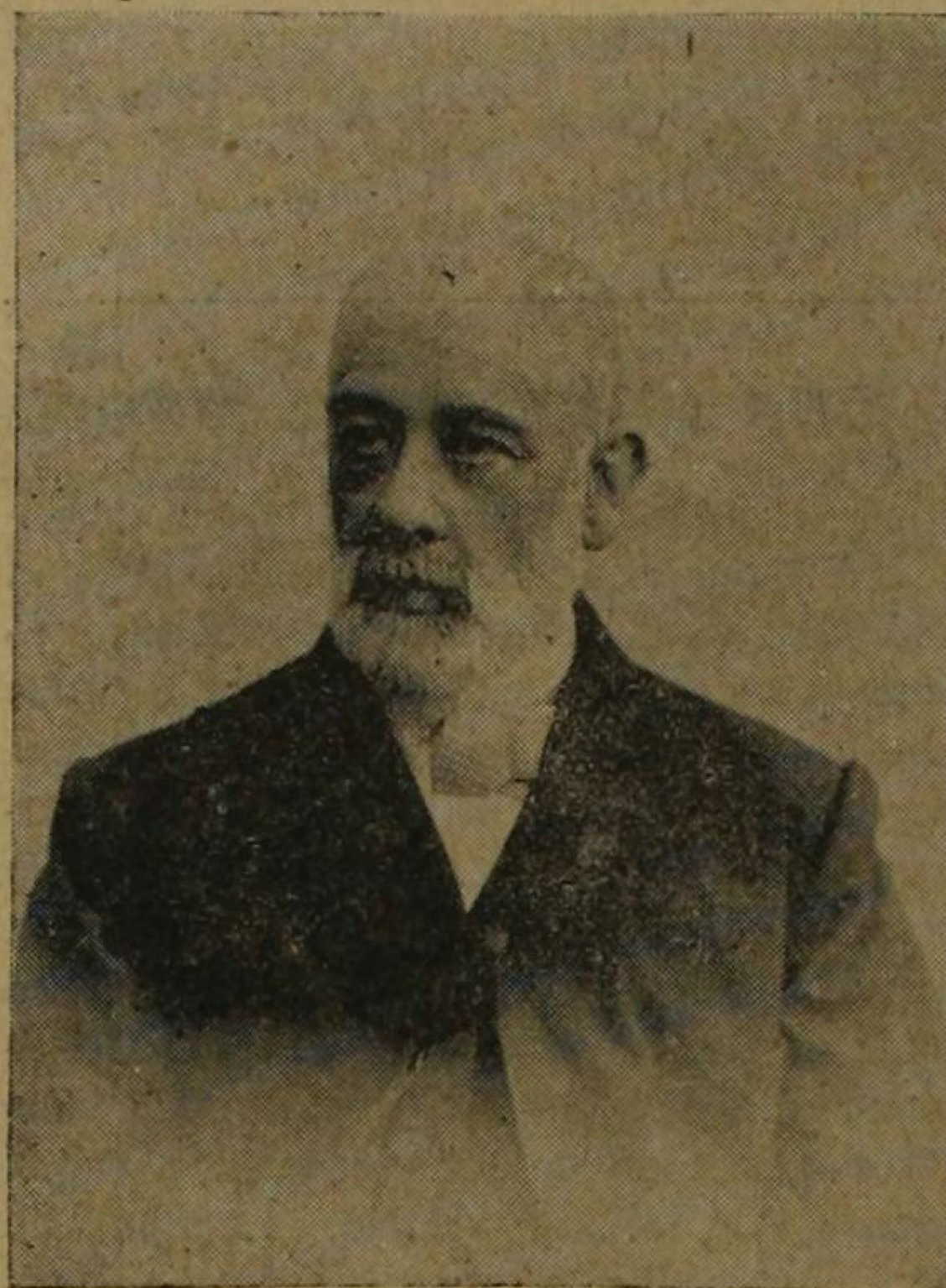
¿Cómo se efectuó el proceso de la evolución estupenda del espíritu de Santiago Pérez?

¿Qué elementos intervinieron para transformar las actividades románticas del adolescente en esa compostura clásica?

¿A qué hora renovó sus valores espirituales el autor de dramas románticos?

Es de presumirse que el alumno del *Es- píritu Santo*, aleccionado por la severa crítica que de sus dramas hizo don Mariano Ospina, resolviera dedicarse a la lectura de los clásicos castellanos para educar su gusto y domeñar los impulsos de su temperamento de artista.

El estudio de las matemáticas, el derecho y la economía política, contribuyeron, sin duda, de manera eficiente a la organización de sus ideas y a crear la arquitectura sobria y maciza de su estilo. La rec-



Santiago Pérez

tificación de su gusto literario fue labor de su orgullo de letrado y de su poderosa inteligencia. Si había compuesto en su juventud versos románticos, siguiendo en sus extravíos a la flamante escuela, al llegar para su mente la hora de la reflexión, realiza en prosa obra perenne. Sobrepujo a sus rivales, no sólo porque se propuso dominar los secretos del idioma al igual de los próceres catellanos sino, también, porque su pensamiento libre de prejuicios, habituóse a volar muy alto.

Existe hoy en Francia un ensayista, al cual colocan algunos de sus admiradores entre los príncipes del pensamiento moderno. Me refiero a Paul Valery. Quizá porque los escritores de una acabada pulcritud se parecen naturalmente unos a otros; o tal vez porque tanto Santiago Pérez como Valery, el primero al componer su discurso en el Ateneo, y el segundo en sus cortos pero densos ensayos, siguieron los mismos principios en la arquitectura de su obra, lo cierto es que encuentro semejanza en la manera de exponer sus ideas entre el autor de *Variétés* y el insigne prosista colombiano. Ambos parecen rehuir el encuentro de la imágenes, mas, cuando ellos las buscan para hacer vivo el concepto, las hallan felices y perfectas. De estirpe soberana son las que emplea Santiago Pérez. Si Valery, con uno como desdén olímpico, compone su discurso de recepción en la academia sin mencionar el nombre de Anatole France, al cual sucedía en la aún venerable corporación, Santiago Pérez, hace el elogio de Murillo Toro con impersonalidad sublime; sin mencionar el nombre del republico exalta sus virtudes, y entre los períodos inimitables de su oración levanta transfigurada la figura del prócer. En uno y en otro, la palabra adquiere un valor de piedra, labra-

da para un edificio armonioso. Son escritores arquitectónicos. El escritor francés hace decir a Sócrates en presencia de Alcibiades: "este hombre semeja un Partenón"; el nuestro, al exaltar el valor de la estatua, exclama: "Si apresuramos la vida con la llama de nuestra sangre tropical, que tan aprisa gasta su vaso, animemos siquiera el mármol, ya que en la actitud y en la expresión artística, como en la zarza sagrada, la vida arde sin consumir".

A pequeños sorbos bebió en la copa helénica este árcade colombiano, el zumo de la razón, como lo bebe a pequeños sorbos, el árcade galo. Se diferencian, sí, profundamente, en que el uno fue un escritor claro y luminoso, y al otro se le moteja de hermético y aun de oscuro.

La prosa del colombiano es un río de cristalinas ondas. Las ideas aparecen en el fondo, áureas por su gravedad, diamantinas por el esplendor de sus facetas. Corcel de riendas de seda, su período recorre todos los senderos sin extraviarse; cruza la llanura, escala las colinas, asciende a las cumbres.

En la polémica aparecía dueño de sí mismo. Su serenidad desconcertaba al contrario. Su frase irónica, cuando la ocasión era propicia a la ironía, semejava un estilete de oro, que hería sin dejar envenenada la herida. La fuerza de su argumentación confundía al enemigo, que nunca pudo perdonarle la superioridad resplandeciente de sus armas y la elegancia de su florete de caballero sin tacha. Su razonamiento era—según dijo aquel otro prosista formidable, Juan de Dios Uribe—un nudo de platino, que aprisionaba al enemigo. Se le llamó Olímpico. Ciertamente que poseía una seriedad olímpica y una fuerza de pensador convencido, que lo hacían aparecer como demasiado seguro de la verdad de sus puntos de vista en materia de política. Pero jamás perdía la clásica compostura de su espíritu. Atacaba las ideas del adversario con gallardía insuperable, sin que durante el pugilato se descompusiera su gesto, ni siquiera un pliegue de su toga. Fue el hombre de las líneas insuperables. Se contentaba con derrumbar a golpes de ariete la fábrica levantada por los perseguidores de la Libertad y de la Justicia.

Cuarenta años antes de Gandi, el apóstol indio, predicó nuestro republico la resistencia cívica, la protesta inerme y constante contra los atentados de la dictadura, que había proclamado una constitución monstruosa, forjada especialmente, para mantener aherrojada la libertad de un pueblo.

"La protesta justa, sostenida y pacífica, escribió entonces, constituye el heroísmo civil, heroísmo sin violencia y sin sangre, que está al alcance de todo hombre de corazón y de todo pueblo por desarmado que se halle. Ese heroísmo importa la abnegación del presente, pero es al mismo tiempo

(Pasa a la página 276.)



México no ha dado su secreto, aún, a nadie, o mejor dicho, nadie, si lo ha sorprendido, ha podido expresarlo en una síntesis que satisfaga a la inteligencia y conmueva al corazón.

País y pueblo contradictorio, vasto, heterogéneo y amorfo, parece que nunca se acaba de conocerle y se resiste uno a creer haberle comprendido. Dentro del caos que es la era contemporánea, México es otro caos, sometido a vertiginosas influencias y con una fisonomía que nunca se fija en el tiempo.

Ni poeta, ni filósofo, ni pintor, han podido ofrecer a los hombres la verdadera imagen de México, en una aproximación genial, fuerte, que sobreviva a todas las objeciones. Los mexicanos no lo han logrado, tal vez por estar dentro del drama; los extraños, han producido concepciones simplistas, llenas de fervorosa candidez, que son deleznable como la sonrisa del trópico.

Simplificar, hallazgo de aparentes elementos irreductibles. México, para los que no han podido entender el caos occidental, es un pueblo de civiprecortesiana; para los que se sienten fuera de la intensidad expresiva de otras culturas que no sean la clásica de Europa, México es tan sólo una prolongación del Viejo Mundo al través de España. Naturalmente, son numerosísimos los que optan por un cómodo término medio que viene a ser un mestizaje de procesos, de simientes, de fuerzas humanas. A estos últimos hay que ponerles enfrente un dato único: *México, es un pueblo en el que conviven todas las etapas de la civilización, desde la troglodítica hasta la de última hora.* Conviven, mezcladas y sin mezclarse. Parece que es mejor aceptar que México es un laberinto, en el que es muy fácil desorientarse y más aun, perderse del todo. Como laberinto, tal vez sea posible encontrar su sentido, su misterio, su sueño, y, finalmente, su secreto. Para esto, se necesita un genio, poeta y filósofo a la par. México no lo ha tenido, ni se lo ha enviado el especialismo europeo o norteamericano. Pero Rusia, tan distante, tan cercana a la vez, se lo ha ofrecido, como obedeciendo al impulso religioso de ligar por una fuerte expresión humana a dos pueblos tan afines en la calidad de sus complejos. A México ha llegado Sergio Eisenstein.

**El hombre.**—He tenido el privilegio de escuchar su silencio, a lo largo de caminos que se encajan en irreconciliables montañas del Anahuac. Hacia el Sur, el esplendor de una selva negra; al Norte, desolación de estepa, polvo de miseria y de abandono. Por otro lado, los gigantes de nieves encendidas.

Profundo silencio de espíritu absorto y sorprendido. A dos mil quinientos metros

## Eisenstein en México

= De La Gasetta Literaria, Madrid =



Eisenstein

de altura, en invierno, y bajo las saetas de un crepúsculo de los trópicos.

Grita como colegial; pateo como un niño rabioso; dice las cosas más pueriles que pueden salir de labios de un adulto; sonríe con frescura adolescente y luego lanza sarcasmos de cinismo inaudito, de una desfachatez cruel y amarga. Tiembla emocionado frente al paisaje divino; casi se precipita a besar los labios destrozados de un Cristo antiguo y a continuación urde una ironía satánica sobre la Madre de Cristo. Se deshace en cumplimientos; no da las gracias por atenciones mexicanísimas que se le dispensan. Pero siempre, sin titubeos, sin dudas, va directamente a lo genuino, a lo puro, a lo exquisito. En la multitud de estímulos que son los productos de nuestras artes populares, hay lo exótico, lo trivial, lo mimético. Sergio Eisenstein, comprando estos productos en las ferias, escogió constantemente aquello de una delicadísima calidad artística.

Entra en una librería, se cree que va a salir con una completa documentación mexicana y aparece lleno de secretos de policía, de casas de vicio, de toda imaginable podredumbre. Obligado en ocasiones al ocio, lo aniquila lápiz en mano, trazando con velocidad asombrosa, dibujos de una sarcástica tan insinuante y ruda, que no puede menos de exclamarse: ¿es éste el hombre que hizo *Potemkin*? Dibujos de un movimiento maravilloso, de plástica dominante, muestran tan ínfimo concepto

del hombre que arrojan al desengaño, a una furiosa antipatía antisocial.

Mas a poco resurge el hombre enmudecido, que al ver un grupo de danzantes aborígenes de alguna festividad religiosa, enciende su rostro en devoción estética y en fecundos impulsos creadores.

Si México es un enigma, Sergio Eisenstein es un hombre al que jamás se le adivina el pensamiento; pero que sonríe con una lealtad de infante. Dicen quienes han analizado a Chaplin que es como un niño; Eisenstein confirma esta opinión; de él podríamos decir que es el más ingenuo y el más malicioso de los hombres. Cree en la vida y niega la vida, radicalmente, sin posible término conciliador. Su obra cineplástica, corresponde, tal vez, a uno de sus extremos; en el otro, colocaríamos su obra pictórica, tan estupenda, tan viva, tan imborrable como la primera.

Mencionar sus hechos, recordar sus palabras, produce a la par dolor y alegría. Repugnancia y amor. Al fin, más allá del hombre complejo, triunfa su personalidad de hombre superior, que inunda de simpatía.

Eisenstein, impone silencio con su sola presencia; infunde terror con su mirada; su pensamiento transporta a regiones tan elevadas que desde ellas se desdeña la miseria habitual de lo cotidiano. Eisenstein, es un genio.

**Su obra mexicana.**—Fuí un niño en haber creído que podría hacer algo en Hollywood—, dice, plénamente satisfecho de haber salido de ese abismo de mediocridad que es California. Si se hubieran entendido, o era que Eisenstein era un Lubitsch o que Hollywood se había vuelto lo mejor del mundo. Lo segundo era tan remoto que Eisenstein habría de ser él mismo.

Esta ficha en el tapete del destino, nos lo trajo a nuestra patria, este México mexicano necesitado tan urgentemente de inteligencias reveladoras de sus misterios. Estamos cansados de personajes que nos vienen a examinar con prestancia de visitantes de parque zoológico; hartos de las mentiras que sobre nuestra vida han urdido infinidad de sospechosos escritores yanquis. Necesitamos un hombre puro, valiente, audaz, lo contrario de un hombre de negocios, un hombre que desprecie el dinero, la alabanza, la fiesta, el baile, los banquetes, las fotografías en primera plana, las interviús, las declaraciones, etc.

¿Qué fortuna para México que nos vino ese hombre extraordinario! Y aquí está, para crear en términos de la cineplástica más pura, el poema sociológico de la vida mexicana y un nuevo género de la cámara que vendrá a ser como una equivalencia del libro de viajes y del ensayo de interpretación social.

Un poema cineplástico, no podrá decirlo



todo; pero con elementos absolutos, creará la relatividad sintética del caos mexicano, nos orientará y orientará a los otros. Esta película, consagrada principalmente al desenvolvimiento estético del pueblo mexicano, será una llama inmortal encendida en todos los corazones para iluminar la comprensión de un pueblo que ha sufrido como ninguno en el estupendo proceso de su integración.

Sergio Eisenstein, Grischa Alexandrof y Edouard Tissé, sus colaboradores, van a crear, están creando, algo tan profundo,

convinciente y real sobre México, que cuando vean los mexicanos la película, comprenderán al fin lo que es México, que hasta ahora sólo han sentido confusamente, y los extranjeros, aprenderán hasta qué punto México puede ser considerado el pueblo más intenso, más humano, de América y puede ser que del mundo. Se verá la huella de España; no la ensangrentada, sino la mística, la soberbia, la divina, esa que flota entre las nubes de nuestro cielo como uno de los elementos genéticos de la grandeza mexicana.

Agustín Aragón Leiva

México, Febrero, 1931.

## Bibliografía titular

(Registro, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciben de los Autores y de las Casas editoras)

Otro Ministerio de Instrucción Pública que quiere difundirse y no confundirse: el de la República de El Salvador.

Nos remite:

S. Calderón Ramírez: *Alrededor de Walker*. 1929. El Salvador, C. A.

José Gómez Campos: *Semblanzas Salvadoreñas*. 1930. San Salvador.

Salarrué: *El Señor de la Burbuja*. Novela. 1927. San Salvador.

Francisco Miranda Ruano: *Las voces del terruño*. San Salvador. 1929.

Eliseo Lacayo Fernández: *El peligro visible*. La política norteamericana en la América Latina y Las Antillas. El Gral. Augusto C. Sandino. Santa Tecla. El Salvador.

Gustavo Solano (Conde Gris): *Uno Más*. Prosa y verso. 1929. Los Angeles, Calif.

Por medio de don Luís Plandiura Pou (Ribera 6, Barcelona) nos llega este folleto de Joseph Pijoan:

*L'obra Nova*. Parlament davant uns quants amics en la casa del Sr. Luís Plandiura de Barcelona en la nit del 15 de novembre de 1928.

Cortesía de los autores:

John van Horne: *Documentos del Archivo de Indias referentes a Bernardo de Balbuena*. Madrid. 1930.

*El Bernardo* de Bernardo de Balbuena. A study of the poem with particular attention to its relations to the Epics of Boiardo and Ariosto and to its significance in the Spanish Renaissance.

En los "University of Illinois Studies in Language and Literature". Vol. XII. No. 1. February, 1927.

Bernardo J. Gastélum: *Física de la actitud*. Madrid. Espasa-Calpe, S. A. 1931.

Carlos M. Princivalle: *El hombre de la selva*. Farsa en tres actos. *El amo de todos*. Cuento teatral en un prólogo y dos actos. Montevideo.

Es el tomo IV del "Teatro de Princivalle".

Marcelino Valencia: *Columna rota*. Cali. Colombia.

Manuel Quijano Hernández: *Dejados de la mano de Dios*. Una tiranía audaz y un pueblo inerte. San Salvador. 1931.

Por caminos diversos nos llegan estos libros y folletos:

R. Perpiña Grau: *La política económica española ante el Memorandum Briand*. Madrid. 1930.

Donación del Secretario asesor del Centro de Estudios Económicos Va-

### Obras nuevas

Ha leído *Sin novedad en el frente?* Sí? Pues léase la continuación de esta novela:

Después, por E. M. Remarque.....\$ 3.75

Otros libros:

Rousseau: <i>Antología</i> .....	2.25
Leonhard Frank: <i>El burgués</i> (Novela) ..	3.75
Cesar Vallejo: <i>El tungsteno</i> (Novela) ..	3.75
J. Stieler: <i>Malebranche</i> . De la serie "Los filósofos" ..	3.75
Marcelo Agudo: <i>El Plan Howard</i> .....	2.25
H. Barbusse: <i>Rusia</i> .....	3.75
Fabio Fiallo: <i>Sus mejores poesías</i> .....	1.00
Jaime Torres Bodet: <i>Destierro</i> .....	3.50

### Nos llegan

Arturo Mejía Nieto: <i>Zapatos viejos</i> . Cuentos de Honduras .....	\$ 3.00
Francis Hackett: <i>El Rey Barba Azul</i> Enrique VIII y sus seis mujeres .....	9.00
E. Duvillard: <i>Las tendencias actuales de la enseñanza primaria</i> .....	3.75

Novelas de Ramón Pérez de Ayala:

<i>El ombligo del mundo</i> .....	\$ 3.75
<i>Luna de miel, luna de hiel</i> .....	3.75
<i>Los trabajos de Urbano y Simona</i> .....	3.75
<i>Tigre Juan</i> .....	3.75

José Ortega y Casset: *La redención de las Provincias y la decadencia nacional* ..

Luis Jiménez de Asúa: *La lucha contra el delito de contagio venéreo* .....

C. S. Amor: *Las escuelas nuevas escandinavas* .....

F. García Lorca: *Romancero gitano* ..

B. Schwartz: *La psicología del llanto* ..

J. Ma. Salaverría: *Bolívar, el Libertador*

Jorge Mehli: *Plotino* .....

Pío Baroja: *Aviraneta o La vida de un Conquistador* .....

V. Bonch-Bruевич: *En los puestos de combate de la Revolución*. Biografía viva de Lenin .....

Henrich Mann: *El ángel azul* (Novela) ..

Leon Rollin: *El imperio de una sombra* *Monroe y la América Latina* .....

Plutarco: *Vidas Paralelas*, 3 Vols., pasta. 20.00

Solicítelas al ADR. del Rep. Am.

lecionos. Coñón, 56. Valencia. España.

Lucila Gamero de Medina: *Blanca Olmedo*. Segunda edición. Danli. Honduras.

Obsequio de don Roberto Gamero.

*Catálogo Metódico* de la BIBLIOTECA PEDAGÓGICA CENTRAL, preparado de acuerdo con el sistema de nomenclatura binaria por Sebastián Morey Otero. Tomo I. Montevideo. 1930.

Narciso Garay: *Tradiciones y Cantares de Panamá*. Ensayo folklórico. 1930.

G. B. Roorbach: *International Competition in the Trade of India*.

No. II. De la serie *Studies in World Economy*. Editado por la International Conciliation. Nueva York. Marzo, 1931.

*Commemoración del Primer Centenario de la muerte del Libertador Bolívar*. San José, Costa Rica. 1931.

Publicado por la "Sociedad Bolivariana de Costa Rica".

*Terres embrasées*, roman, par Costa du Rels, vient de paraître chez Fasquelle. Paris.

Dans le mystère du "Gran Chaco" (Bolivia) dont le ciel tropical incite à aimer et à haïr avec une égale frénésie, s'ouvre, pour se terminer de la façon la plus tragique, un conflit passionnant entre deux mentalités opposées. Le père, propriétaire d'un immense domaine formant en quelque sorte un état autonome où il est à la fois maître absolu et juge sans appel; le fils, qui a achevé ses études en France et en est revenu pénétré de civilisation européenne, imbu de sentiments de douceur et d'humanité qui ne constituent là qu'une cause de faiblesse; entre le père et le fils, une délicieuse et douloureuse figure de femme... *Terres embrasées* est une oeuvre riche et puissante, dépassant de loin le "roman d'aventures" pleine d'imprévus psychologiques et documentaires, et qui, de par le drame qu'elle contient, émeut profondément.

Leemos con gusto *Codine* de Panait Istrati, Editorial CENIT, Madrid, 1930.

En la página 146 anotamos:

El destino del hombre nos es otra cosa que su propia personalidad, y se manifiesta desde la cuna. En vano se pretende que el medio social influencia y moldea el ser humano: lo cierto es que *no cambia nada*. Aunque nazca entre púrpuras y sea educado por Fenelones, el que se halla destinado a dirigir una tienda de comestibles seguirá siendo tendero y de tendero tendrá el alma y la inteligencia, aun cuando su medio social le eleve a la gobernación de un reinado. Habrá podido venir al mundo sobre un montón de estiércol, vivir entre los golfos y permanecer iletrado toda la vida aquel otro que en el crisol misterioso de las concepciones ha recibido los tesoros del pensamiento y de los sentimientos elevados, y siempre será un pensador y un foco de eminente existencia.

Del hombre de genio, el medio social no podrá hacer nunca un majadero o un canalla; del hombre mediocre podrá hacer a voluntad un tabernero o un abogado estúpido. Sobre éste, la influencia del medio podrá ejercer todos sus caprichos; sobre el otro, no ejercerá ningún poder. Y así, nada resulta cambiado, ni en un caso ni en otro.

..., una vez se trataba de la escena en que Raskolnicof cae a los pies de Sonia en *Crimen y Castigo* (1), y usted le explicaba con ardor al maestro lo grande de la escena.—  
Cita de PANAIT ISTRATI.

(1) Novela de Dostoiévski.



# Guatemala y las Leyendas de Miguel Angel Asturias

= Envío del autor =

Como el amor brota a menudo de un encuentro fortuito, también el sentimiento que ciertos países nos inspiran suele nacer de causas secundarias. Así nos lleva a amar a Francia su literatura; a Italia, su arte. Sus costumbres ganan a otros países afectos durables; los más de los hispanistas son ejemplo. A otros nos acerca el don de simpatía personal de sus hijos. Y a otros, otras causas. Sentimiento anterior a la experiencia, que confirma—o a veces infirma—el conocimiento directo.

Pero es menos frecuente que nos atraiga un país por sí mismo, por cuanto lo constituye, por su geografía, su historia y su presente. De mí a Guatemala ha tenido el afecto hilos seguros y sólidos, que —estoy convencido— el conocimiento directo volverá indestructibles. No es una simpatía a ciegas: las lecturas la han hecho germinar y la alimentan.

Ante todo, Guatemala ofrece la irresistible imantación de su protohistoria, el enigma seductor de la pretérita civilización que dejó, para nuestro pasmo, las reliquias de Quiriguá, de Tikal y de Copán. Y si ese misterio nos atrae, no menos nos subyugan otras imágenes, claras ya. Al comienzo de su historia, una figura se alza, alta y sólida, hacia la que nos inclinamos con la sonriente ternura del nieto para el abuelo: el guerrero de las ciento diez y nueve batallas, que posa la espada y gana nuevo laurel narrando en lengua de oro hazañas de hierro; el señor capitán Bernal Díaz del Castillo, regidor de la ciudad de Santiago de los Caballeros de Goathemala, acoge para su país de adopción, desde el umbral del pasado, nuestra simpatía y nuestro fervor.

A su vera, el anónimo que recogiera los fastos de la raza aborigen en el subyugante *Libro del Consejo*, "porque ya no está a la vista el libro en que se leía todo esto", y quienes de áridos instrumentos procesales hicieron fascinantes tratados de historia en los *Anales de los Xahil* y el *Título de Totonicapán*. Esos libros evocadores despiertan el hambre de saber—para más querer— cómo es Guatemala, cómo fueron sus antiguos pobladores, cómo, su vida. Hambre que aguzan publicaciones cual la excelente revista la *Sociedad de Geografía e Historia*, por todos conceptos loable.

Y entre aquellos libros y esta revista, otras obras. La muy campanuda del regidor don Francisco

Antonio de Fuentes y Guzmán, dura de roer pero sabrosa cual ninguna otra a poco que la abordemos con apetito propicio. Y el libro del bachiller Domingo Juarros. Y la crónica de Fray Antonio de Remesal, causa de sinsabores mil para el ilustre dominicano. Y los sonoros versos de Landívar, que a la perfección tradujo mi docto amigo el presbítero mexicano don Federico Escobedo. Y, luego, el máximo embrujador, José Milla.

¡Tierra envidiable, la que aparece pintada en sus páginas inmortales tan simples y tan hondas, tan *en familia* y tan pudorosamente emocionadas!

Mas tarde, las luchas de la libertad, el esfuerzo hacia el progreso, poema de la energía humana en todos los jóvenes países. Y entonces, y siempre, la voluptuosa atracción de la Naturaleza—del suelo opulento al cielo triunfal—y hasta el sávido regusto que dan a la vida cotidiana los peligrosos juegos del removedor de montañas, el inquieto Cabrakán.

Y cien cosas más, atropelladas, telescopiadas en el tumulto del recuerdo: el esplendor del intacto quetzal y el pathos tremendo de la tragedia de doña Beatris de la Cueva, la estampa paradisiaca del palude amatitlaneco y las vivísimas que nos pinta, enamorado y burlón, ingenuo y taimado, el aventurero fraile Thomas Gage, el martirio de los caciques desventurados Sinacán y Sequechul, y la santidad del hermano Pedro José de Betancourt, las imponentes ruinas de Antigua y la promesa en flor de la niñez en el templo de Minerva. ¡Qué sé yo! Hasta las páginas tristes de la historia, por el alborozo de saberlas desaparecidas para siempre.

Todo ello es poesía. Y esa poesía anima uno de los más lindos libros recientes de las letras americanas: las *Leyendas de Guatemala*, de Miguel Angel Asturias.

Supe de la obra, de su nacimiento y formación, por charlas con el poeta, cimentadoras de una amistad que ya cuenta años de fecha, desde que en un aula de la docta Sorbona nos conociéramos bajo el signo de un amor común por el alma de las viejas piedras americanas. Pero el volumen dióme el deslumbramiento y el gusto de una revelación, igual que, un año antes, la joya que es *Rayito de Estrella*, primor de poesía, en donde Miguel Angel Asturias crea y deshace a su antojo apariencias irisadas: comedieta mínima, con los colores que en la gota de agua alumbra el rayo de sol, y la fantasmagoría que sólo ciertas realizaciones del cinematógrafo suprarrealista—de Man Ray o de Bunuel—podría concretar en imágenes para regalo nuestro.

A menos de sentir inclinación por el folklor, un libro de leyendas no tiene mucho interés porque los recopiladores suelen ser más eruditos que artistas, y el polvillo de oro de la fantasía se pierde con

## Leyenda de la Tatuana

= De la obra *Leyendas de Guatemala*. Por Miguel Angel Asturias. Ediciones ORIENTE 1930. Madrid =

Ronda por Casa-Mata la Tatuana...

El Maestro Almendro tiene la barba rosada, fué uno de los sacerdotes que los hombres blancos tocaron creyéndoles de oro, tanta riqueza vestían, y sabe el secreto de las plantas que lo curan todo, el vocabulario de la obsidiana—piedra que habla—y leer los geroglíficos de las constelaciones.

Es el árbol que amaneció un día en el bosque donde está plantado, sin que ninguno lo sembrara, como si lo hubieran llevado los fantasmas. El árbol que anda . . . El árbol que cuenta los años de cuatrocientos días por las lunas que ha visto, que ha visto muchas lunas, como todos los árboles, y que vino ya viejo del Lugar de la Abundancia.

Al llenar la luna del Buho-Pescador (nombre de uno de los veinte meses del año de cuatrocientos días), el Maestro Almendro repartió el alma entre los caminos. Cuatro eran los caminos y se marcharon por opuestas direcciones hacia las cuatro extremidades del cielo. La negra extremidad: Noche sortilega. La verde extremidad: Tormenta primaveral. La roja extremidad: Guacamayo o éxtasis de trópico. La blanca extremidad: Promesa de tierras nuevas. Cuatro eran los caminos.

—¡Caminín! ¡Caminito! . . . —dijo al Camino Blanco una paloma blanca, pero el Camino Blanco no la oyó. Quería que le diera el alma del Maestro, que cura de sueños. Las palomas y los niños padecen de ese mal.

—¡Caminín! ¡Caminito! . . . —dijo al Camino Rojo un corazón rojo; pero el Camino Rojo no lo oyó. Quería distraerlo para que olvidara el alma del Maestro. Los corazones, como los ladrones, no devuelven las cosas olvidadas.

—¡Caminín! ¡Caminito! . . . —dijo al Camino Verde un emparrado verde, pero el Camino Verde no lo oyó. Quería que con el alma del Maestro le desquitase algo de su deuda de hojas y de sombra.

¿Cuántas lunas pasaron andando los caminos?

¿Cuántas lunas pasaron andando los caminos?

El más veloz, el Camino Negro, el camino al que ninguno habló en el camino, se detuvo en la ciudad, atravesó la plaza y en el barrio de los mercaderes, por un ratito de descanso, dió el alma del Maestro al Mercader de Joyas sin precio.

Era la hora de los gatos blancos. Iban de un lado a otro. ¡Admiración de los rosales! Las nubes parecían ropas en los tendedores del cielo.

Al saber el Maestro lo que el Camino Negro había hecho, tomó naturaleza humana nuevamente, desnudándose de la forma vegetal en un riachuelo que nacía bajo la luna ruboroso como una flor de almendro, y encaminóse a la ciudad.

Llegó al valle después de una jornada, en el primer dibujo de la tarde, a la hora en que volvían los rebaños, conversando a los pastores, que contestaban monosilábicamente a sus preguntas, extrañados, como ante una aparición, de su túnica verde y su barba rosada.

En la ciudad se dirigió a Poniente. Hombres y mujeres rodeaban las pilas públicas. El agua sonaba a besos al ir llenando los cántaros. Y guiado por las sombras, en el barrio de los mercaderes encontró la parte de su alma vendida por el Camino Negro al Mercader de Joyas sin precio. La guardaba en el fondo de una caja de cristal con cerradores de oro.

(Pasa a la página 276)



la exactitud de la documentación o el propósito moralizador. Pero el poeta que es Miguel Angel Asturias, transformando cuanto toca con su varita encantada, ha hecho de esas *Leyendas de Guatemala* un estuche de poesía, una mágica arquilla de evocaciones. Son sus páginas un acto de amor al suelo patrio, un himno de sonriente entusiasmo por las cosas familiares, una melodía en que se unen al recuerdo de los cuentos infantiles, las visiones vibrantes de los paisajes y de las cosas de su Guatemala.

La pintura que el poeta hace de su "pueblo" natal, recuerda en ternura la de los pueblos que ennoblece Azorín en sus primeros libros. Pintura que da a la ciudad entera un aire de "día de fiesta", cual si en su ambiente se difundiera siempre el bienestar un poco lento y adormilado de los domingos. ¡Y cuán delicadamente evocadoras las estampas de las tres capitales sucesivas! La del valle de Almolonga, arrasada por la tragedia de que fuera prólogo el enlutamiento de la casa de la ciudad doliente de Alvarado. La del valle de Panchoy, que el áspero Cabrakán legó en ruinas poderosas para asombro de viajeros y encanto de artistas, en la que "se siente una gran necesidad de pecar" y se evoca la figura prócer del Capitán General del Reino, Conde de la Gomera, gemela de la del Virrey Marqués de Mancera, en mi Nueva España. La tercera, en fin, Guatemala de la Asunción, vieja ya de siglo

y medio, el "pueblo" del poeta, en su llanura feliz, al centro de la rosca de San Blas de sus montañas. ¡Cuán bellas, también, las evocaciones de Palenke y de Copán, de Quiriguá y de Tikal! Renuevan esas páginas el gusto que nos diera antaño aquellas prosas del Valle Inclán de los comienzos, embriagoras de música y de *reverie*.

Milagros son, esas evocaciones prestigiosas, de un estilo al que nada se le escapa de lo real, pero que a la vez busca y descubre bajo su corteza la pulpa jugosa de poesía y la creadora semilla. Estilo muy moderno sin dureza y cursivo sin blandura, aquí y allá salpicado de modismos sabrosísimos, que le dan un matiz de bonhomía y sencillez. Pero también sabe alzarse al tono mayor, al de los himnos del Popol-Vuh, de tan soberbia exaltación y tan limpia humildad, transcritos en la versión que Miguel Angel Asturias y yo, en nuestra traducción del Libro del Consejo, redactamos, no con la preocupación erudita que normó otras páginas, sino con preocupación de artistas. Esos admirables himnos dan tono y color a una de las más bellas leyendas del libro: la que cuenta la consagración de un *Galel* o Eminente, en el sibilino estilo de los viejos ritos, con metáforas que crean

J. M. González de Mendoza

París, 1930.

Si le interesan las *Leyendas de Guatemala*, pídalas al Adr. del Rep. Am. Precio \$3. (Un dólar para el exterior.)

una lógica anormal en la que el espíritu vaga, como *Cuero de Oro*, a través de un bosque de árboles humanos, o danza, como él, al compás de las vocales de un grito, en la mágica encrucijada negra, verde, roja, blanca, de los caminos cardinales de Xipalbá.

¡Y que profusión de imágenes, a cual más nueva y precisa!: Dios dentista, arrancando de cuajo los árboles como muelas; las mejillas de la novicia, alfilereros de lágrimas; su trenza, chorro de vivo carbón; y ese hallazgo que dice tanto y tan sutilmente en cinco palabras: "femenina como un dedo meñique". Muchas otras citaría, y aún páginas enteras, pues de mí sé decir que he vuelto atrás en el hilo de la lectura no pocas veces, para regustar un acierto o deleitarme otra vez en una melodía.

Todo habría que citarlo en este libro delicioso: la leyenda del Cadejo y la del Sombrerón, como la de la Tatuana y su barquito. Y hasta el vocabulario final es jugoso y lleno de enseñanza, cuando no de sabor, en tanto que sus dibujos ponen en la vastedad de las páginas el misterio de los códices mayas o la dureza de los aztecas, mezclándolos a la poesía en voluptuoso coctel.

Tal veo este libro, que sitúa en el paisaje de América una Guatemala de ensueño cual las ciudades encantadas de los cuentos orientales, y que conquista para su autor un puesto en la cohorte en donde se reclutarán para las letras iberoamericanas, los próximos maestros.

## De Los Trofeos de José María de Heredia

= Envío del traductor =

### I El Cidno

*Bajo un azul de triunfo que un sol ardiente dora,  
Blanquea el río oscuro la trirreme de plata,  
Y aromas de incensario por la orilla desata,  
Rumor de seda y música de flauta arrulladora.*

*En la proa radiante que el gavilán decora,  
Cleopatra, inclinándose, las pupilas dilata,  
Y ante el sol, y entre el brillo del dosel escarlata,  
Es gran pájaro de oro que su presa avizora.*

*Tarso, allá, do el guerrero la aguarda desarmado;  
Y abre la bruna Reina, en el aire encantado,  
Los brazos, do la púrpura pone róseos fulgores;*

*Y a su lado no ha visto, presagios de su suerte,  
Que en el agua sombría van deshojando flores  
Los gemelos divinos, el Amor y la Muerte.*

### II Antonio y Cleopatra

*Ambos, en la terraza, miraban bajo urente  
Y sofocante cielo, el Egipto dormido,  
Y atravesando el Delta, el Nilo en dos partido  
Que a Sais y a Bubaste desliza su corriente.*

*Y el Romano sentía, bajo el peto luciente,  
Ya cautivo soldado, en un sueño abstraído,*

*Sobre él plegarse, y luego caer desfallecido  
El cuerpo que a su seno juntaba abrazo ardiente*

*Entre el bruno cabello, su rostro fatigado  
Volvió a él, de invencibles perfumes embriagado,  
Y le tendió los labios y los ojos serenos;*

*Y reclinado en ella, Antonio, a quien subyuga  
El amor, en sus ojos de puntos de oro llenos,  
Vio todo un mar inmenso con galeras en fuga.*

### III El viejo orfebre

*Mejor que experto orfebre, Ruiz o Juan Arfe sea,  
Becerril o Ximénez, con arte delicado  
Rubíes, esmeraldas y perlas he engastado,  
Y mi ingenio las asas de las copas arquea.*

*Haciendo ante los cielos de culpa el alma rea,  
Sobre plata y esmalte cincelé en el pecado  
En vez de un Santo mártir, o a Cristo en cruz clavado,  
Ebrio a Baco y sin velos a Venus Citerea.*

*Damasquiné el acero de estoques y puñales,  
Y ocupado mi orgullo en obras infernales  
Aventuré mi parte del celestial tesoro;*

*Y al ver que ya se acerca mi día postrimero,  
Cual Fray Juan de Segovia, famoso orfebre, quiero  
Expirar, cincelandos una Custodia en oro.*



IV

A una ciudad muerta

Cartagena de Indias  
1532. 1583. 1697.

*Ciudad que fuiste reina del mar! Vagan ligeros  
Y en paz los tiburones en tu tranquila rada,  
Donde las nubes tienden su sombra prolongada,  
Y que vió los antiguos galeones iberos.*

*Desde Drake y el asalto de infieles bucaneros  
Tu muralla de siglos se arruina abandonada,  
Y cual collar sombrío, de grandeza pasada,  
Aún de Pointis las balas muestra los agujeros.*

*Entre la mar y el cielo que abrasa tu bahía,  
Bajo el sol de un monótono y ardiente medio día,  
Con los Conquistadores sueñas amodorrada;*

*Y en el enervamiento de noches placenteras,  
Te duermes, arrullando tu gloria ya borrada,  
Bajo palmas, al lento rumor de las palmeras.*

V

El antepasado

*La gloria, con arrugas dejó su huella hundida  
De ese gran Caballero sobre la faz severa,  
Y fulgor en su frente, que siempre irguió altanera,  
Lleva de las batallas en que jugó la vida.*

*En Costa Firme, en valles y cumbres, su aguerrida  
Y poderosa mano plantó la Cruz doquiera,  
Y del Ande condujo su familiar bandera  
Hasta el golfo en que blanca se eleva la Florida.*

*Tu pincel en la tela, para los de su raza  
Hace que surja ahora, bajo férrea coraza,  
El noble antepasado, con su marcial decoro;*

*Y parece, anhelante, que su mirada busca,  
En un cielo metálico cuyo fulgor ofusca,  
El gran deslumbramiento de la Castilla de Oro.*

VI

La siesta

*Ni de insectos el ruido, ni de abejas el vuelo;  
Bajo el sol la gran selva reposa adormecida,  
Y tamizan las frondas una luz parecida  
De musgos de esmeralda al suave terciopelo.*

*Cribando el dombo, irradia la claridad del cielo,  
Y a mis ojos que el sueño ya vence, entretejida  
De fulgores furtivos, forma red encendida  
Que al través de las sombras se extiende por el suelo.*

*A la gasa que tejen los rayos tembladores,  
Vuela de mariposas bandada reluciente,  
Embriagada de luces y de aromas de flores;*

*Y mis dedos entonces juntan hilos sedeños,  
Y en las mallas de oro de esa red trasparente,  
Cazador de armonías, aprisiono mis sueños.*

VII

A la manera de Petrarca

*Salíais de la iglesia, y con piadoso anhelo  
A los mendigos dabais limosna con largueza,  
Y en el pórtico oscuro vuestra clara belleza  
A los pobres mostraba todo el oro del cielo.*

*Y ante vos inclinado, pues quería en mi duelo  
Una dulce mirada de vuestra gentileza,  
Mi presencia esquivasteis, y airada y con presteza  
Os cubristeis los ojos recogiendo el velo.*

*Pero el Amor que manda, aún al alma más dura,  
No quiso que en la sombra de mi callado abismo  
La piedad me negara su fuente de dulzura;*

*Porque tan lenta fuisteis al cubrir la faz bella,  
Que ví vuestras pestañas palpitando lo mismo  
Que las frondas que filtran el fulgor de una estrella.*

VIII

A un fundador de ciudad

*Un Ofir imposible de perseguir cansado,  
De ese golfo risueño fundaste en la ribera,  
Donde plantó tu mano la española bandera,  
Una Cartago nueva, en país ignorado.*

*Quisiste que tu nombre quedara cimentado  
Sobre el suelo en que alzaste tu ciudad y que fuera  
Eternamente gloria de tu raza guerrera,  
Mas tu anhelo escribiste sobre arena ¡oh Soldado!*

*Cartagena abrasada bajo ardiente azul puro,  
Ve sus grises palacios dertumbarse y su muro  
En el mar que la costa cavando se dilata;*

*Y hoy, Fundador! tan sólo brilla en tu alta cimera,  
Heráldico testigo de tu ideal quimera,  
Bajo una palma de oro, blanca ciudad de plata.*

IX

El prisionero

*Allá, lejos, cesaron del muezín los clamores.  
De oro y púrpura el cielo se cubre en el poniente;  
El cocodrilo, lecho de fango en la corriente  
busca, y el río calla sus últimos rumores.*

*Con las piernas cruzadas, como los fumadores,  
El Jefe, de haschís ebrio, doblegaba la frente,  
E impulsando la barca con esfuerzo potente,  
Desnudos se curvaban dos negros remadores.*

*En la popa, dichoso, y en la boca el ultraje,  
Y tañendo una guzla, ruda canción salvaje  
Un albanés cantaba, de ojo vil y agresivo;*

*Y sangrando, y sujeto por pesados grilletes,  
Miraba un Jeque anciano, ya estúpido, ya altivo,  
En el Nilo, temblando, los altos minarettes.*

X

Vidriera

*Esta vidriera ha visto damas y altos barones  
Vestidos de azul y oro que la luz abrillanta,  
Ante la mano ungida que la hostia levanta  
Inclinar el orgullo de frentes y de airones;*

*Y después, de clarines y cuernos a los sonos,  
O de guerrera música que hechos de gloria canta,  
Iban, la espada en alto, para la Tierra Santa,  
O para cacerías, al puño los halcones.*

*Hoy, de las castellanas y los nobles feudales,  
A los pies los lebreles, en losas sepulcrales  
Las sombrías estatuas yacen en larga hilera;*

*Y sin voz, sin oído, bajo una luz dudosa,  
Con sus ojos de mármol, miran, sin ver, la rosa  
Abierta eternamente sobre la azul vidriera.*

(Trad. de Ismael Enrique Arciniegas)



## Sobre unas traducciones de Heredia

De la diez traducciones anteriores, seis, en su primera redacción fueron escritas hace pocos días en sonetos de los llamados *libertinos* por los franceses, que son los que no tienen unas mismas rimas en los cuartetos. De esas versiones han circulado copias, que el traductor considera no escritas por haberles dado nueva forma para ajustarlas a los preceptos de la métrica, como lo hizo, desde su primera redacción, con los sonetos *La Siesta*, *A la Manera de Petrarca*, *El Prisionero* y *Vidriera*. Quiso hacer un *tour de force* al traducir alejandrino por alejandrino en las versiones primitivas, pero pensando con el autor antiguo, citado por Francisco Javier de Burgos, que la "extremada fidelidad es frecuentemente extremada infidelidad", resolvió hacer refundiciones para no presentar al público sonetos deficientes en su estructura castellana, los que tiene como ejemplo varios de Baudelaire, y algunos compuestos por Villaespesa y por Julio Flórez. Tales composiciones no son propiamente sonetos aunque consten de catorce versos, como no es octava real la que teniendo ocho versos no presenta el orden de las rimas fijado por los preceptistas.

Heredia es uno de los poetas franceses más difíciles de poner en versos españoles, no porque aparezca oscuro sino debido a la forma que adoptó para sus poesías, excepción hecha del *Romancero*, *Les Conquistadores* de *l'or* y *Salut a l'Empereur*, únicas composiciones en que prescindió del soneto, que fue el metro de su predilección, como lo fue de Soulayr. El soneto, por su abundancia de rimas, es la forma más torturadora para los poetas; y si es torturadora para quien escribe en su propia lengua y puede, por tanto, escogerlas, y hasta amlodar a ellas su pensamiento, la dificultad crece de punto para quien traduce, porque, aparte de que todo verso español resulta con mayor número de sílabas que su equivalente en otra lengua, los consonantes no tienen semejanza sino rarísimas veces—y eso cuando más en un cuarteto—con los usados por el autor extranjero de quien se hace el trasvase. Un poeta de lengua francesa dispone de más abundancia de rimas que uno español, debido a que en aquella son de *vista* o de *oído*, y en nuestro idioma son solamente de *vista*, porque todas las letras, desde la vocal acentuada tienen que ser idénticas a las de la consonancia. Un francés puede rimar *lasse* y *glace*, *espèce* y *espaisse*, *rode* y *chaude*, y en español no se permite la similitud de sonidos, como la de *s* y *z* o de *s* y *c*, aunque estas letras sean pronunciadas, según lo acostumbamos los hispano-americanos, de una misma manera. Lo único que se admite es la rima de *b* y *v* porque nadie en nuestra lengua hace diferencia en la pronunciación de esas consonantes.

Y a pesar de la abundancia de rimas en francés, Heredia las repite con exceso, como la de *or* y *encor* o *encore*. En el soneto

*Regilla* rima *lit d'ivoire et d'or* con *encore*; en *Email*, *encor* y *gorgone d'or*; en *Carolo Quinto*, *encor* y *gumène d'or*; en *Fleur seculaire*, *encor* y *pollen d'or*; en *Vendange*, *encore* y *crinière d'or*; en *Ulus Ultra*, *or* y *encor*; en *La Vision de Khem*, *or* y *encor*; en *L'ancêtre*, *encor* y *or* y en otros sonetos pone siempre de *bracero* a *encor* y *or*. Vivió, a lo que parece, enamorado de la palabra *or*, que rimaba fácilmente con *encor* o *encore*. Quien al traducir a Heredia quiera terminar un soneto con la palabra *oro*—que es indudablemente palabra armoniosa—se verá en serios apuros porque *aún* o *todavía* no se asemeja en nada a algún equivalente de esos adverbios, y porque ninguna de nuestras palabras terminadas en *oro* encaja fácilmente en el pensamiento de la estrofa de Heredia en que se encuentra su rima dilecta.

Otro inconveniente del autor de *Los Trofeos* para traducirlo sin temor consiste en que su libro anda en muchas manos, y la confrontación inmediata de lo traducido con el original es indefectible. Cuando se vierte una poesía de un autor cuyas obras no se encuentran con facilidad en las librerías, el traductor está a sus anchas porque nadie le pide cuenta o razón de las libertades que se haya tomado con él. *Temedle a la confrontación*, es la regla a que debe someterse todo traductor. Pero es bien entendido que el cotejo no puede ir hasta el extremo de que se reputa mala versión la que no traslade palabra por palabra el texto original, según pretenden algunos ignoros que debe ser toda traducción, como si las palabras equivalentes en dos lenguas tuvieran una misma cantidad de sílabas, y como si muchas veces una expresión poética en un idioma no resultara prosa ramplona en otro. Y luego es preciso considerar que todo poeta extranjero, por famoso que sea, no es impecable, ni está exento de ripios. En Victor Hugo, es frecuente encontrar como rima de *tombe* el vocativo *oh, ma colombe*, y torpe sería el poeta que tradujera ese ripio para aconsonantarlo, por ejemplo, con *loma* o *aroma*.

La misma tiranía del consonante forzó a Heredia a rimar *frange*, *fange* y *étrange* con *cange* en el soneto *Le prisonnier*, palabra a que dio el significado de *barca*, cuando *cange* lo que significa es "instrumento de suplicio en China, en forma de tabla con agujeros donde se introducen la cabeza y las manos del reo".

Los sonetos de Heredia se citan y se citarán siempre como modelos de forma impecable, por la pureza de la lengua, por la suntuosidad de muchos de sus cuadros y por la riqueza de muchas de sus rimas. Los trabajó como Juan Arfe cinceló la custodia de la Catedral de Sevilla. Sólo por un volumen, compuesto de un centenar de sonetos, mereció el honor de entrar a la Academia Francesa. Ese libro único de versos fue la labor de su vida. Suponiendo que hubiera empleado cuarenta y cinco

años en escribirlo, habría compuesto poco más o menos, dos sonetos por año, lo que daría dos versos por mes. Algunos críticos dicen que escribió los sonetos en veinte años, y que empleó veinticinco en pulirlos. *El arte es paciencia*. Gran verdad. Los *avancistas* de ahora, en cambio, que no tienen necesidad de estudiar gramática, ni métrica, ni ortografía siquiera, pues han prescindido hasta de la puntuación, escriben un volumen cada mes, y podrían componer uno cada día. Y dicen que no necesitan de ritmo ni de rima porque la armonía la llevan por dentro, *Música celestial* que solamente ellos oyen y entienden. Sin duda toman por *su música interna* el zumbido de oídos, al que reputarán agradable armonía. Etre gustos no hay disputas.

Desde que aparecieron *Los Trofeos*—hace más de 30 años—se suele, en España y en Hispano América, hacer versiones de algunos de los sonetos de ese libro. De preferencia escogen los poetas *Le récif de corail*, que suministra para los cuartetos tres rimas: *aurora*, *flora* y *colora*, y que es, indudablemente, muy bello. Ernesto O. Palacio, en alejandrinos, y Angel María Céspedes, en endecasílabos, hicieron de él, hace mucho tiempo, dos magníficas versiones. La del primero fue publicada en un periódico de Bucaramanga en 1898. *El Olvido*, por Rafael Pombo; *Los Conquistadores*, por M. A. Caro, y *Sol Poniente*, son, sin duda, las mejores versiones que de esos sonetos se han hecho en español, lo mismo que la paráfrasis, en armoniosísimos tercetos alejandrinos, todos con acento en la tercera sílaba de cada hemistiquio, que de *El Cidno* hizo Victor M. Londoño. Enrique González Martínez, tradujo en soneto endecasílabo *El Viejo Orfebre*—maravillosa obra de síntesis—pero alteró, por la fuerza de la rima, el apellido de Juan Arfe, que convirtió en Arfeo. Daniel Arias Argáez hizo una elegante versión de *El Carpintero de Nazareth*. Eduardo Castillo, con refinado gusto artístico, ha interpretado en versos endecasílabos el soneto *A manera de Petrarca* y *La Dogaresa* en el metro del original. Nicolás Bayona Posada ha compuesto también elegantes versiones de Heredia. El dominicano Max Henríquez Ureña se ocupa en traducir español *Los Trofeos*. Como conoce bien el francés y sabe hacer buenos versos, triunfará en su versión.

El español Antonio de Zayas tuvo el gran desacierto, hace años, de acometer la traducción de *Los Trofeos*... Ni siquiera hallaron piedad ante él *Los Conquistadores del Oro* y *Romancero*. Ha escrito buenas poesías originales, pero como traductor merece la nota de *aplazado*. Los alejandrinos de su libro son, con pocas excepciones, insoportables, por su dureza, por sus asonancias, por sus cacofonías y por sus prosaísmos. Pertenecen a la clase de los versos *hórridos*, llamados así con sobra de razón por el eminente Gómez Restrepo. Muchos de aquéllos tienen rimas agudas, detesta-



bles en un soneto, y frecuentemente emplea Zayas palabra aguda en la cesura de los hemistiquios, defecto que hace del alejandrino prosa pedestre. El alejandrino, sin sus dos alas, no es verso. Cuando Zayas, de acuerdo con el original, termina un soneto con la palabra *custodia* o con la palabra *forja*, no se para en pelillos, y rima la primera con *odia* y la segunda con *gorja*, traídas por los cabellos y que hacen efecto en esos sonetos de pistolas en un Santo Cristo.

Hé aquí, de paso, algunos reparos a las versiones del señor Zayas:

La segunda estrofa de *El Cidno* (intitulada en francés *Le Cydnus*, que el señor Zayas traduce *El Cydnus*, cuando ese río de la antigua Cilicia—sobre Tarso—es conocido en español con el nombre de *Cidno*) dice en la versión del señor Zayas:

*En la proa radiante do el neblí se ha  
cernido,  
De su dosel Cleopatra olvida el brillo  
intenso,  
Y oteando del Vésper, de pié, el confín  
inmenso  
Parece un ave de oro que ya la presa ha  
olido.*

Heredia, que se documentaba para escribir sus sonetos, puso en la proa de la trirreme, como adorno de ella, un gavilán en metal, pájaro sagrado en el antiguo Egipto. El señor Zayas lo reemplazó por un neblí vivo, que *se ha cernido* y esa no fue la idea del poeta francés. Tampoco, en el poema, *Cleopatra olvida el brillo intenso del dosel*; y eso del *ave que ya la presa ha olido*, por *avizora*, *espía* o *acecha*, es detestable, aun en prosa de gacetilla.

El bellissimo verso con que termina, como broche de oro, el soneto *Antoine et Cléopatre*, y que dice:

*Toute une mer immense où fuyaient des  
galères,  
fue traducido así por el señor Zayas:  
Toda una mar por donde huyendo iban  
galeras.*

Eso no es sino un feísimo broche de cobre. La traducción del verso es fiel, pero carece de toda elegancia.

El octavo verso del soneto *A un fondateur de ville*, dice:

*Mais ton espoir, Soldat, fut bâti sur le  
sable.*

El señor Zayas traduce:

*Tu esperanza erigiste en cimientito arenoso.*

Ese *cimientito arenoso* es merecedor de palmeta.

El verso:

*Depuis Drake et l'aussaut des anglais  
mécréants*

del bellissimo soneto a Cartagena de Indias, ha sido puesto en español por el señor Zayas de la siguiente manera:

*Desmanteló tus muros de Drake la hereje  
Armada,*

(¡horror!), y no contento con ese desacato a Heredia, escribe este otro:

*Y cual collar de negras perlas, tus torreones  
Levantán la cabeza por Pointis horadada.*

Heredia lo que dijo fue que "como glorioso collar de perlas negras los muros mostraban los agujeros de las balas de Pointis".

(Entre paréntesis: Tal vez no hay similitud entre "agujeros" y "perlas", aunque sean negras.)

En el soneto *Epiphanie* dice Heredia, hablando de los Reyes Magos:

*Un page noir soutient leurs robes a  
ramages.*

El señor Zayas traduce:

*En el umbral un negro custodia sus cuar-  
tagos.*

Por la mente de Heredia no pasó jamás la idea de que los Reyes Magos hubieran llegado a Belén caballeros en *cuartagos*, es decir, en rocines o caballos.

Y no se prosigue en el análisis de las versiones del señor Zayas porque esto sería de no acabar. De ese modo, a la diablo, puede traducirse en pocos meses, en dos semanas, un volumen de poesías, como lo hizo Marquina con las *Flores del Mal* de Baudelaire. Eso, en puro castellano, no es *traducir*, sino *traicionar*, que fue lo que hizo igualmente Antonio Machado cuando tuvo la mala idea de poner en prosa española las obras de Verlaine. El título de la colección *Sagesse* lo volvió *Sabiduría*. Verdad es que aquella palabra tiene esa significación, pero también quiere decir *Cordura*, *juicio*, y eso fue lo que quiso expresar Verlaine como síntesis de la idea fundamental de esas poesías, escritas por él, arrepentido, después de años malgastados en vicios. Cuando una madre francesa le dice a un hijo inquieto: *Soi sage*, no le quiere decir: *Sé sabio*, sino, *ten juicio*.

Dijo Verlaine:

*De la musique avant toute chose  
Et pour celá préfère l'impair.*

Machado tradujo:

*La música ante todo, de ella prefiere lo  
indivisible.*

No supo que *impair* ("impar") se llama en francés el verso de 7, de 9, de 11 o de 13 sílabas, empleado por Verlaine en muchas de sus poesías.

Verlaine dijo:

*Oh! la nuance seule fiancé  
Le rêve au rêve et la flûte au cor*

Machado tradujo:

*Oh, el matiz, única promesa—el sueño al  
sueño y la flauta al cuerno.*

Cuando Verlaine lo que dijo fue:

*Oh! sólo el matiz (o lo indeciso) une el  
al ensueño y la flauta a la trompa.*

¿Y qué decir de los que tienen el arrojo de traducir en verso a Verlaine, poeta casi siempre intraducible por la delicadeza de sus ritmos, por sus juegos de palabras musicales, por sus armonías imitativas y por

aquella *nuance* que fue exclusivamente suya? Hay quienes han vertido la poesía de él que empieza:

*Les sanglots longs  
Des violons  
De l'automne,*

sin caer en la cuenta de que Verlaine se valió de la letra *o*, de sonido profundo, para pintar la tristeza del otoño. La última palabra de la primera estrofa, *monotone*, tiene tres *oes*. *Violon* en francés es *violín*, pero esta última palabra, con su sonido alegre en *ín*, disuena al cantar un paisaje melancólico.

Hay una poesía de Sully-Prudhomme, *Le vase brisé*, cuyo primer verso han traducido así como diez poetas:

*El vaso en que se muere esta verbena,  
y que Balbino Dávalos tradujo:  
Hendió el vaso en que se muere esta  
verbena.*

Han creído que *verveine* sólo es *verbena*, y así han vertido tal palabra. *Verveine* también significa *flores* o *ramo de flores*, que fue lo dicho por Sully-Prudhomme. Los traductores le han levantado un falso testimonio.

¿Se pueden traducir a sonetos españoles todos los coleccionados en *Los Trofeos*? Claro que sí, pues lo hizo el señor Zayas; pero no quedan bien dentro de la armonía de nuestra lengua sino unos veinte. Los demás atiborradas de nombres antiguos, que no suenan bien en castellano, serán buenos para los paleógrafos (y Heredia lo era), pero para los que poco o nada sabemos de esas cosas, la belleza de *L'oubli*, *Antoine et Cléopatre*, *Le vieil orfèvre*, *A une ville morte*, *Le Cydnus*, *La sieste*, *L'ancêtre*, *La conquête*, *Suivant Pétrarque*, *Vitrail*, y unas doce o quince poesías más, harán que consideremos a Heredia como una de las figuras más altas del Parnaso francés. No lo salvó la cantidad sino la calidad.

Fray Luis de León, en la dedicatoria de sus poesías a don Pedro Portocarrero, dijo:

"De lo que compuse, juzgará cada uno a su voluntad; de lo que es traducido, el que quisiera ser juez pruebe primero qué cosa es traducir poesías elegantes de una lengua extraña a la suya, sin añadir ni quitar sentencias y con guardar, cuanto es posible, las figuras del original y su donaire, y hacer que hablen en castellano, y no como extranjerías y advenedizas, sino como nacidas en él y naturalmente".

Muchos creen que el arte de traducir es oficio mecánico, y que con un poco de francés, de inglés o de italiano y con algo de métrica se puede interpretar a un poeta. Así se harán versiones que hablarán como *extranjerías* y *advenedizas* pero no con el *donaire* de que hablaba el gran agustino. Así, con elegancia, solamente han traducido, entre nosotros, Caro, Pombo, Valencia, Gómez Restrepo y Castillo.

Ismael Enrique Arciniegas

Bogotá, Febrero de 1931.



Sin perder tiempo se acercó al Mercader, que en un rincón fumaba, a ofrecerle por ella cien arrobas de perlas.

El Mercader sonrió de la locura del Maestro. ¿Cien arrobas de perlas? ¡No, sus joyas no tenían precio!

El Maestro aumentó la oferta. Los mercaderes se niegan hasta llenar su tanto. Le daría esmeraldas, grandes como maíces, de cien en cien almudes, hasta formar un lago de esmeraldas.

El Mercader sonrió de la locura del Maestro. ¿Un lago de esmeraldas? ¡No, sus joyas no tenían precio!

Le daría amuletos, ojos de namik para llamar el agua, plumas contra la tempestad, mariguana para su tabaco...

El Mercader se negó.

¡Le daría piedras preciosas para construir, a medio lago de esmeraldas, un palacio de cuento!

El Mercader se negó. Sus joyas no tenían precio, y, además—¿a qué seguir hablando?—, ese pedacito de alma lo quería para cambiarlo, en un mercado de esclavas, por la esclava más bella.

Y todo fué inútil, inútil que el Maestro ofreciera y dijera, tanto como lo dijo, su deseo de recobrar el alma. Los mercaderes no tienen corazón.

Una hebra de humo de tabaco separaba la realidad del sueño, los gatos negros de los gatos blancos y al Mercader del extraño comprador, que al salir sacudió sus sandalias en el quicio de la puerta. El polvo tiene maldición.

Después de un año de cuatrocientos días—sigue la leyenda—cruzaba los caminos de la cordillera el Mercader. Volvía de países lejanos, acompañado de la esclava comprada con el alma del Maestro, del pájaro flor, cuyo pico trocaba en jacin- tos las gotitas de miel, y de un séquito de treinta servidores montados.

—¿No sabes—decía el Mercader a la esclava, arrendando su caballería—cómo vas a vivir en la ciudad! ¡Tu casa será un palacio y a tus órdenes estarán todos mis criados, yo el último, si así lo mandas tú!

—Allá—continuaba con la cara a mitad bañada por el sol—todo será tuyo. ¡Eres una joya, y yo soy el Mercader de Joyas sin precio! ¡Vales un pedacito de alma que no cambié por un lago de esmeraldas!... En una hamaca juntos veremos caer el sol y levantarse el día, sin hacer nada, oyendo los cuentos de una vieja mañosa que sabe mi destino. Mi destino, dice, está en los dedos de una mano gigante, y sabrá el tuyo, si así lo pides tú.

La esclava se volvía al paisaje de colores dilu- idos en azules que la distancia iba diluyendo a la vez. Los árboles tejían a los lados del camino una caprichosa decoración de güipil. Las aves daban la impresión de volar dormidas, sin alas, en la tranquilidad del cielo, y en el silencio de granito, el jadeo de las bestias, cuesta arriba, cobraba acento humano.

La esclava iba desnuda. Sobre sus senos, hasta sus piernas, rodaba su cabellera negra envuelta en un solo manojo, como una serpiente. El Mercader iba vestido de oro, abrigadas las espaldas con una manta de lana de chivo. Palú- dico y enamorado, al frío de su enfermedad se unía el temblor de su corazón. Y los treinta servidores montados llegaban a la retina como las figuras de un sueño.

Repentinamente, aislados goterones rociaron el camino, percibiéndose muy lejos, en los abaja- deros, el grito de los pastores que recogían los ganados, temerosos de la tempestad. Las cabal- gaduras apuraron el paso para ganar un refugio, pero no tuvieron tiempo: tras los goterones, el viento azotó las nubes, violentando selvas hasta llegar al valle, que a la carrera se echaba encima las mantas mojadas de la bruma, y los primeros relámpagos iluminaron el paisaje, como los fogon- azos de un fotógrafo loco que tomase instan- táneas de tormenta.

Entre las caballerías que huían como asombros,

## Leyendas de la Tatuana...

(Viene de la página 271).

rotas las riendas, ágiles las piernas, grifa la crin al viento y las orejas vueltas hacia atrás, un tropezón del caballo hizo rodar al Mercader al pie de un árbol que, fulminado por el rayo en ese instante, le tomó con las raíces como una mano que recoge una piedra, y le arrojó al abismo.

En tanto, el Maestro Almendro, que se había quedado en la ciudad perdido, deambulaba como loco por las calles, asustando a los niños, reco- giendo basuras y dirigiéndose de palabra a los asnos, a los bueyes y a los perros sin dueño, que para él formaban con el hombre la colección de bestias de mirada triste.

—¿Cuántas lunas pasaron andando los ca- minos?...—preguntaba de puerta en puerta a las gentes, que cerraban sin responderle, extraña- das, como ante una aparición de su túnica verde y su barba rosada.

Y pasado mucho tiempo, interrogando a todos, se detuvo a la puerta del Mercader de Joyas sin precio a preguntar a la esclava, única sobrevi- viente de aquella tempestad:

—¿Cuántas lunas pasaron andando los ca- minos?...

El sol, que iba sacando la cabeza de la camisa blanca del día, borraba en la puerta, claveteada de oro y plata, la espalda del Maestro y la cara morena de la que era un pedacito de su alma, joya que no compró con un lago de esmeraldas.

—¿Cuántas lunas pasaron andando los ca- minos?...

Entre los labios de la esclava se acurrucó la respuesta y endureció como sus dientes. El

Maestro callaba con insistencia de piedra mis- teriosa. Llenaba la luna del Buho-Pescador. En silencio se lavaron la cara con los ojos, al mismo tiempo, como dos amantes que han estado ausentes y se encuentran de pronto.

La escena fué turbada por ruidos insolentes. Venían a prenderles en nombre de Dios y el Rey, por brujo a él y por endemoniada a ella. Entre cruces y espadas bajaron a la cárcel, el Maestro con la barba rosada y la túnica verde, y la esclava luciendo las carnes que de tan firmes parecían de oro.

Siete meses después, se les condenó a morir quemados en la Plaza Mayor. La víspera de la ejecución, el Maestro acercóse a la esclava y con la uña la tatuó un barquito en el brazo, diciéndola:

—Por virtud de este tatuaje, Tatuana, vas a huir siempre que te halles en peligro, como vas a huir hoy. Mi voluntad es que seas libre como mi pensamiento; traza este barquito en el muro, en el suelo, en el aire, donde quieras, cierra los ojos, entra en él y vete...

¡Vete, pues mi pensamiento es más fuerte que ídolo de barro amasado con cebollín!

¡Pues mi pensamiento es más dulce que la miel de las abejas que liban la flor del suquinay!

¡Pues mi pensamiento es el que se torna in- visible!

Sin perder un segundo la Tatuana hizo lo que el Maestro dijo: trazó el barquito, cerró los ojos y entrando en él—el barquito se puso en movi- miento—, escapó de la prisión y de la muerte.

Y a la mañana siguiente, la mañana de la eju- cución, los alguaciles encontraron en la cárcel un árbol seco que tenía entre las ramas dos o tres florecitas de almendro, rosadas todavía.

## Un gran pensador, un maestro...

(Viene de la página 268.)

la aseguración para más o menos pronto de la reparación que se busca".

Condenó, pues, la violencia, adecuando al pueblo para las reivindicaciones de sus de- rechos. Su grandeza moral apareció en- tonces de un relieve que no ha tenido seme- jante en Colombia. El que usufructuaba la máquina levantada por la fuerza, ya no vaciló: era preciso que el apóstol callara. Era necesario que enmudeciera el verbo para que el autócrata pudiera continuar su obra. Extinguida la luz, la sombra reco- braría su natural dominio.

En el destierro murió el maestro de ge- neraciones, el pensador insigne, a quien debe lapatria un homenaje digno de sus más altos y esclarecidos varones.

Espectador oscuro, pero no indiferente, del asedio que puso "con eslabones de rayos" a la iniquidad triunfante, complázcome en evocar su figura patricia. Cuando al salir quien esto escribe de los claustros del Co- legio Mayor de Nuestra Señora del Rosa- rio, estudiante en disciplinas escolásticas, solía encontrar al eminente periodista; el neófito le cedía respetuosamente la vera, y se destocaba ante aquel grande del pen- samiento, y con devoción semejante a la de los griegos con Byron, yo decía a mi próximo compañero:

—Ese que pasa ahí es don Santigb Pérez!

Max Grillo

Bruselas, julio de 1930.

QUIEN HABLA DE LA

## Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO  
Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES

CERVEZAS	FABRICA:	SIROPES
ESTRELLA, LAGER, SELECTA, DOBLE, PILSENER Y SENCILLA.	REFRESCOS KOLA, ZARZA, LIMONADA, NA- RANJADA, GINGER-ALE, CREMA, GRANADINA, KOLA, CHAN, FRESA, DURAZNO Y PERA.	GOMA, LIMÓN, NARANJA, DURAZNO, MENTA, FRAMBUESA, ETC.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas  
Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA  
**SAN JOSÉ — COSTA RICA**

Imp. Alsina (Sauter, Arias & Co.) San José, Costa Rica